1
233447

UNA [illegible] VI[illegible]

POR

E. ZAMACOIS



LA NOVELA DE NOCHE

1 Pta

=Verda de Seijas=

1

233447

Eduardo Zamacois, el afortunado autor de

Memorias de un vagón de ferrocarril,

acaba de publicar una novela titulada

UNA VIDA EXTRAORDINARIA

(Fragmentos de unas "Memorias" que nadie se atrevería a publicar completas.)

Asombra el caudal de inventiva derrochado sin tasa en la composición de esta novela. Los episodios pícaros, cómicos o sentimentales se multiplican, y lo Imprevisto fluye interminablemente, como la sangre de una arteria cortada.

"Reflejo amable de mi existencia andariega—escribe el protagonista—, es este libro rico mosaico de peripecias y matices interiores, del que podrían sacarse veinte novelas ligeras, veinte comedias, veinte sainetes..., y acaso también, si buceáramos en la filosofía que de él se deduce, un buen drama..." Estas páginas, que pudieron ser dedicadas al divino Bocaccio, resucitan el espíritu galante del *Decamerón*. Es harto verosímil también que fuesen autobiográficas, aunque Zamacois, por no atreverse a decir que eran "suyas"—pudor bien disculpable—, las atribuya a un personaje imaginario.

(Nota de *Renacimiento*.)

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

47/57182

A MIS LECTORES

Mis doce o quince primeros libros: *La enferma*, *Punto-Negro*, *El seductor*, *Duelo a muerte*, etc., fueron escritos a vuela pluma, bajo la presión de la Necesidad, y vendidos a precios irrisorios a la Casa editorial Sopena, la cual, después de veinte años, continúa publicándolos con los mismos deplorables andrajos literarios con que aparecieron.

Pero yo, persuadido de que no merecían este mal trato, acudí a corregirlos, y tan honrada y perseverante aplicación puse en ello, que casi "he vuelto a escribirlos".

De consiguiente, la única edición que me atrevo a recomendar a mis lectores es la de RENACIMIENTO Todas las anteriores—especialmente aquéllas de la Casa editorial Sopena—son execrables y únicamente merecen olvido. Yo no las reconozco, no las autorizo; yo no escribiré jamás sobre la primera página de esos volúmenes una dedicatoria...

Por rescatar los millares de ejemplares que de esas ediciones se han vendido daría el autor su mano derecha...

EDUARDO ZAMACOIS.

Febrero, 1923.

R. 322911

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de noviembre de 1924 Núm. 17

UNA POBRE VIDA

POR

EDUARDO ZAMACOIS

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS

UNA PESETA

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.
1 9 2 4

LIBRERIA RENACIMIENTO

OBRAS COMPLETAS
DE
EDUARDO ZAMACOIS

	Ptas.
La alegría de andar (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6
Europa se va	5
El otro	5
Duelo a muerte	4
Memorias de una cortesana (dos tomos)	8
La opinión ajena	5
Punto negro	4
El seductor	4
Confesiones de un niño decente (autobiografía)	5
El misterio de un hombre pequeñito	5
Memorias de un vagón de ferrocarril.	5
Una vida extraordinaria	5

Preciados, 46.-MADRID

I

En la penumbra amodorrante de la aula resonó la voz por igual melifluа y despótica—voz de jesuíta—del padre Casiano, que decía:

—El señor Velasco, que debe saberse perfectamente la lección, pues le veo con inmoderadas ganas de jugar, va a informarnos del número de asteroides que los astrónomos señalan entre Marte y Júpiter.

El interpelado se puso en pie, cohibido repentinamente bajo todas las miradas, fijas en él, de la clase.

—Pasan de doscientos—replicó.

—Doscientos cinco—precisó el maestro—. ¿Podría usted citarme algunos?...

Con torpe disimulo—a los doce años, hasta



los futuros políticos, llamados a ser notabilidades en el arte de mentir, disimulan mal—, el pequeño señor Velasco dió un llamativo rodillazo a Ramoncito Hidalgo, el camarada que tenía a su izquierda, para que le apuntase; pero el aludido nada dijo, y discreto, retiró la pierna en donde recibiera el aviso.

El profesor añadió, con una sonrisita vejadora, terriblemente cruel, sobre la taimada delgadez de sus labios:

—¿No recuerda usted el nombre de ninguno? Casi todos llevan nombres tomados de la mitología o nombres de reinas: Penélope... Artemisa...

Esta vez el preguntado buscó en vano con los pies el contacto de su compañero, que se esquivaba cautamente, y de súbito hallóse aislado, circundado por su ignorancia de obscuridad y de silencio, como perdido en la infinitud de los espacios interplanetarios. Unos segundos de penosa expectación transcurrieron.

El padre Casiano exclamó:

—Señor Hidalgo...

El alumno a quien todos sus condiscípulos, en quienes se repetía el odio de la Beocia a

Atenas, detestaban por aplicado y cuidadoso de sus vestidos, se levantó.

—¿Puede usted citarme algunos de los asteroides que brillan entre Marte y Júpiter?

—Sí, señor. Los principales son: Penélope, Artemisa, Elena, Calixto, Diana, Olimpia, Europa, Virginia, Aglae...

—Muy bien; basta.

—Isis, Eufrosina, Vesta, Juno, Palas, Ceres...

—¡Basta!—atajó rotundo el padre Casiano—. No fatigue más su memoria.

Y dirigiéndose a Velasco:

—Córrase y ceda su asiento al señor Hidalgo. En mi clase, los primeros puestos los ocuparán los más estudiosos.

Sin esconder su despecho, el colegial castigado obedeció. A Ramoncito se le cayeron al suelo varios libros, y a lo largo de los bancos, pintados de verde, prodújose un breve y contenido murmullo de risas. Restablecido el silencio, el padre Casiano continuó:

—Se llama perielio...

Su voz monótona, ecuánime, correspondía bien a la frialdad y descarnada amarillez de su cara, y una y otra armonizaban con aque-

lla semiobscuridad entumecedora del salón, que hilaba sin cesar sobre los cerebros de la muchachería las telarañas invisibles del sueño.

De repente, abrasado en bermejas llamas de rencor, Dámaso Velasco increpó callandito a su compañero victorioso:

—Eres un "ventajista". Cuando salgamos de aquí te voy a hinchar los morros.

El amenazado miró al interpelante con inquietud. Era delgadito y tenía las facciones delicadas y los cabellos largos y peinados hacia atrás.

—¿A qué viene eso?—dijo.

—¿Por qué no me apuntaste los nombres de los asteroides?

—No pude.

—¿Por qué no pudiste, embustero..., cochino..., baboso?...

—Estaba el padre Casiano mirándonos.

—¿Y qué?... ¿Te iba a comer?... Di que quisiste lucirte. ¡Pues ha de pesarte!... Porque los dientes voy a hacértelos escupir uno a uno.

Hablando así aplicó a su rival un pellizco tan feroz, tan largo, que le obligó a gritar. El padre Casiano, que tenía la vigilante

atención detenida en ambos, volvió la cabeza.

—Señor Velasco—exclamó—, siento manifestarle que ni hoy ni mañana comerá usted postre.

El amonestado bajó los ojos y guardó silencio. Sus compañeros estaban ciertos, sin embargo, de que tal serenidad era fingida, y de unas a otras ringleras de bancos voló inesperada y excitante la especie de que Dámaso Velasco y Ramoncito "el Empollón"—que con este remoquete señalaban todos al hijo del Conde del Zafiro—se pegarían aprovechando la hora de asueto que separaba la clase de Geografía de la de primer curso de Latín.

Así, no bien el padre Casiano terminó su lección, cuando los dos pequeños rivales halláronse circuidos y hasta empujados por sus camaradas hacia cierto patinillo que para lances de este jaez servía de "ring" o palenque.

Que la pluralidad de las simpatías se las llevaba Velasco echábase de ver en la crecidísima mayoría de condiscípulos que le rodeaban. Pudiérase decir que la clase, rin-

diendo culto a la fuerza, unánimemente se había puesto a su lado. Todos conocían las razones del duelo y desaprobaban exaltadamente la conducta egoísta del "Empollón". Efervorizado por el dictamen favorable de sus amigos, Dámaso anunciaba ostentosamente la pateadura que se proponía dar a su contrario, cerraba los puños y miraba a su alrededor con aire jaque.

Ramón Hidalgo, en cambio, sólo contaba con dos o tres adictos, que eran los más estudiosos, y para desgracia suya, los más acollonados y decaídos también de la clase.

—¡Pero si no sé a qué viene esto!... ¡Si entre nosotros no ha sucedido nada!—explicaba Ramón, que no perdía la esperanza de evitar el lance con buenas razones.

—Lo que tú debes hacer—le decían sus acompañantes—es quitarte el cinturón y, antes de que él te pegue, darle, con las hebillas, un buen correazo en la cara.

No bien llegaron unos y otros al lugar donde la cuestión había de ventilarse, los mirones formaron en torno de los beligerantes. Inmediatamente Dámaso fuése sobre

su contrario, a quien superaba en bríos y estatura, y le dió un empellón.

—¡Defiéndete!—le ordenó.

Ramoncito, descolorido, temblorosas las piernas, quiso explicarse; pero el otro, de un segundo empujón, le cerró la boca. Después, arrebatadamente, brincó sobre él, le acribilló a golpes, le mordió en una mejilla, le tiró al suelo. Los espectadores del bárbaro vapuleo parecían contentísimos.

—¡Gallina!—gritaban algunos al caído—. ¡Gallina!...

Otros, los más fieros, poseídos de salvaje sadismo, vociferaban a Dámaso:

—¡Mátale!... ¡Acaba con él!...

Y el muchacho, ciego de ira y a horcajadas sobre su víctima, la molía con los puños, con los codos y hasta con los rodillas, como si efectivamente quisiese dar fin de ella.

Afortunadamente para el vencido, que ni siquiera una vez había intentado defenderse, acertó a pasar por allí un bedel, que trabó al belicoso Velasco de los cabezones y le obligó a soltar su presa, llevándole después a la Rectoría y luego al calabozo.

Ramón se levantó, frotóse con su pañuelo



el rostro, manchado de tierra y de sangre, y echó a andar cabizbajo, solo. En aquella hora miserable de derrota nadie le acudía. Algunos de sus compañeros, a quienes el espectáculo había sabido a poco, caminaron tras él repitiendo a coro y rítmicamente:

—¡Cobar-de!... ¡Cobar-de!... ¡Cobar-de!

Una voz le gritó:

—¡Adiós, Ramona!...

Y otra:

—¡Dile a tu madre que te compre unas enaguas!...

El sin ventura humilló la frente, y sus lágrimas, contenidas hasta entonces, brotaron a raudales.

Llegada la noche, acostóse a la hora reglamentaria; pero aunque endolorido y terriblemente agotado, no pudo dormir. Su debilidad era tal, que ni alientos le quedaban para cerrar las manos, y, sin embargo, jamás su espíritu vibró tan alerta. ¿Qué le había sucedido? Por primera vez, y con una sagacidad y una fuerza de atención impropias de la inocencia de sus doce años, Ramón Hidalgo se determinó a examinarse por dentro. El miedo, los golpes y las humilla-

ciones que padeciera en el curso de aquella mañana, parecían haberle envejecido repentinamente. Hasta allí tuvo de sí mismo un concepto que no rebasaba la imagen que los espejos le daban de su figura; él era como aquéllos le mostraban. Pero ahora, bajo este "Yo" formal que era espigadillo y enclenque, peinaba cabellos afeminados y tenía un semblante mortecino y paliducho bañado en el crepúsculo de un sonreír humilde, triste como una luz de aceite, otro "Yo" había aparecido. El niño acababa de verse sobre el azogado cristal de su conciencia recién encendida, y se hallaba feo; tornó a examinarse, y la desagradable impresión inicial se reafirmó. De esta aplicada autoinspección dedujo que era un melancólico, un vanidoso y un cobarde. ¿Por qué no rechazó a puñadas la arremetida de Dámaso Velasco? ¿Qué sensación desconocida, que acaso no fuese precisamente de terror, le paralizó los brazos?...

—¡Tienen razón mis compañeros!—murmuraba el cuitado bebiéndose el llanto que le mojaba las mejillas—. Yo, en vez de pantalones, debía llevar enaguas...

A continuación exclamó revolviéndose airadamente contra sí mismo:

—¿Por qué no me pareceré a los demás? ¿Por qué seré así?...

Planteándose estas interrogaciones, que han servido de fundamento o punto de arranque a varias escuelas filosóficas, el inocente se trataba con rigor excesivo. Nadie, al bordear lo que Dante llamó *nel mezzo della vita,* es como hubiera querido ser, sino como las circunstancias le permitieron ser; de donde los deterministas concluyen que es en los padres en quienes, con mayor rigor y justicia, los delitos de los hijos debieran castigarse.

A saber esto el pequeño reo que tan severamente se acusaba de pesimista, de vanidoso y de cobarde, habría hallado un notable alivio en su triple dolor.

De los diez y nueve hijos—ocho de los cuales fueron naturales—que tuvo el Conde del Zafiro, modelo de procreadores correntones y alegres, Ramoncito era el último. Los primeros años de su infancia se deslizaron aburridamente. El conde, a quien sus cargos diplomáticos obligaban a largos y frecuentes

viajes, cuidaba poco de su prole, y Ramón creció bajo la férula católica y rigorista de la condesa. De sus once vástagos, éste, precisamente por haber nacido enfermizo y ser el menor, fué el que más padeció sus cuidados. La terrible señora reducía la buena educación a la represión constante de todos los instintos y ademanes.

—No te rías así... No te sientes de ese modo... No corras, porque te caerás... Los niños no deben hablar sin permiso de las personas mayores... ¿Por qué estás tan serio? Tienes la seriedad del burro... ¡Sonríe!... Los niños deben ser humildes, risueños y obedientes...—repetía la condesa incansablemente.

En su deseo de hacer de él "un joven perfecto", y no satisfecha con enumerarle los atroces castigos en la otra vida reservados a los hijos desobedientes, solía zurrarle con unas correas. De este modo quebrantó los resortes, no muy fuertes, de su carácter y extirpó de su alma hasta las raicillas más hondas de la voluntad. Fué una amputación perseverante, minuciosa, inquisitorial, que no perdonó nada. Manso, dulce, callado, abú-

lico, pronto siempre a doblegarse, el desdichado muchacho quedó al fin roto moralmente, y blando, omiso y manejable por dentro como un trapo. Para mejor reducirle a total sumisión, la condesa, que hubiera querido que su último vástago fuese hembra, le tuvo con cabellos y vestiditos femeninos hasta los ocho años; y dos años después, reconociendo la imposibilidad de guardarle a su lado mayor tiempo, le envió a un Colegio de Jesuítas, no sin recomendar a los padres que le vigilasen estrechamente y le castigaran siempre que cometiese alguna falta.

Si Ramoncito Hidalgo hubiera podido razonar todo esto, si hubiese alambicado la labor ominosa de descoyuntamiento, de castración espiritual, realizada en él por el más absurdo de los sistemas educativos, al cruzarse de brazos ante las acometidas de Dámaso Velasco no se habría preguntado: "¿Por qué soy así?", sino "¿Por qué me hicieron como soy?..."

En el dormitorio donde el niño iba hilando estas meditaciones había veinticuatro camas, dispuestas en dos filas paralelas separadas por un carrejo. Varias luces eléctricas,

metidas en globos de color lechoso y colocadas cerca del techo, bañaban la ventilada amplitud del aposento en una claridad suave y turbia, favorable al sueño. Cada lecho hallábase aislado por un mosquitero obscuro, de forma cuadrangular, y los muros eran encalados y muy altos. Sobre una de las dos puertas del salón, un Cristo de notable belleza, convulsionado espantosamente, agonizaba vuelto el rostro hacia arriba. A intervalos resonaban los pasos tácitos de uno de los vigilantes—especie de Vestales del Silencio—encargados de mantener el orden en los dormitorios. Ramoncito, insomne, le veía aparecer, cruzar por delante de su cama, irse... mirando atentamente a un lado y otro, y con algo de péndulo en el oscilar acompasádo de sus hombros...

En el gran reloj que decoraba el frontis del Colegio sonaron, parsimoniosas y profundas, tres campanadas.

Ramoncito Hidalgo se solivió y mulló las almohadas, buscando un poco de frescura para su cabeza ardorosa. Con una mano fina, blanca, de refinada anatomía, se alisó los cabellos. No conseguía dormir. Más que

la comprobación paladina y terminante de su cobardía, lo que le mortificaba eran los dichetes injuriosos con que estaba cierto que en lo sucesivo sus compañeros habían de zaherirle.

De nuevo tornó a su dolorosa labor autocrítica: no quería verse, no quería acordarse de sí mismo, y sólo para fiscalizarse y acusarse despiadadamente su conciencia tenía ojos. En aquellos momentos para su alma desnuda su conciencia era como una mesa de disección.

—Yo, por dentro—se decía—, difiero en absoluto de mis condiscípulos; formalmente somos iguales, pero nuestra semejanza no pasa de ahí. Ellos son rencorosos, irascibles; yo les observo y les veo apasionarse, aborrecerse; por eso saben maltratarse, porque saben odiarse... Yo, no; esta mañana me he cerciorado: yo no me exalto, yo no siento la ira... Ellos se ponen rojos de furor, y yo no; yo sonrío, yo estoy siempre pálido. Nunca experimenté el deseo de golpear..., de romper..., de destruir... Yo soy un ser que va por la vida con las manos abiertas...

La figura de Dámaso Velasco iluminó su memoria.

—El pobrecito—suspiró—habrá pasado la noche en el calabozo..., acostado en el suelo...

Tras unos momentos de silencio, murmuró magnánimo:

—He procedido mal con él; yo debí apuntarle los nombres de los asteroides...

Recordaba a su verdugo sin rencor, casi enternecido, y trató de reconstituir en su espíritu la escena lamentable del desafío. Realmente él, en tal momento, no experimentó miedo; a sentirlo, hubiera huído o se hubiese echado a llorar; él no lloró hasta después, y no fueron los golpes, sino las pullas de sus compañeros las que le hicieron verter lágrimas. Si no trató de rechazar la agresión no fué por cobardía precisamente, sino porque su alma estúvose sin cólera y como dormida, igual que cuando su madre le azotaba, en nombre de la buena crianza, con las correas. ¡Ahora leía claro dentro de sí!... El no era un pusilánime; era un impasible... Y esta distinción ladina le consoló.

Evocó luego la silueta de su enemigo: en

el instante de lanzarse contra él estaba lívido y los ojos le relucían de modo extraordinario. Recordó asimismo su rostro inteligente, la albura cruel de sus dientes, su guedeja negra, brillante, rizosa...

Una alegría extraña sacudió su cuerpo.

—¡Es guapo Dámaso!—pensó—. Y seré buen amigo suyo aunque vuelva a pegarme.

Transcurrida otra hora se quedó dormido y soñó que Dámaso Velasco le besaba y le pedía perdón.

II

Desde su malhadado encuentro con Velasco no volvió a gozar Ramoncito "el Empollón" de un día de paz; pues los niños en los colegios, casi tanto como los hombres en el mundo, viven más del valor que se les supone que del suyo real. El respeto con que se tratan los civilizados nace directamente del miedo que se infunden unos a otros; dicho respeto, de consiguiente, no es virtud, sino la forma más distinguida del miedo; es el miedo vestido "de frac"; y así la persona que por una razón cualquiera cese de inspirar miedo, será devorada inexorablemente.

Esto le sucedió a Ramón Hidalgo. Cerciorados de su pasividad, todos sus compañeros le molestaban y vejaban groseramente, y hasta los inferiores a él en corpu-

lencia y edad se le atrevían. Unos con bravatas, otros con sonrisas de desprecio, abusaban de él. Este le pedía un lápiz para no devolvérselo; aquél le rompía unos apuntes o, a la fuerza, le arrebataba la gorra y se la echaba al retrete: llegaron a robarle los libros y a escondérselos para que no pudiese estudiar sus lecciones. Al entrar en clase, los que estaban a su lado le prendían desvergonzados ahímelollevas, o le pellizcaban, o golpeaban, o le tiraban del pelo, y para humillarle mejor los más grandullones le sobajeaban como a mujer. Inútilmente el inofensivo trataba, con dulzuras, de granjearse, si no el afecto, la piedad al menos de sus acosadores, cuya cobarde persecución arreciaba con la seguridad de que la víctima no había de revolverse. Las ofensas a su dignidad se multiplicaban de innúmeras maneras. Una tarde, sorprendiéndole descuidado, le arrastraron entre varios a un lugar obscuro, donde intentaron desnudarle para cerciorarse de si era o no varón...

Acorralado por la hostilidad y la befa de todos, convertido en hazmerreír del Colegio, sin un amigo con quien jugar, pues los

contados que antes tuviera, desdeñosos o prudentes, le habían vuelto la espalda, el desafortunado niño se paseaba solo, y en las horas de asueto—para él las más infaustas—iba a situarse cerca de algún bedel que, en caso necesario, le defendiese.

Esta situación de continuo sobresalto le enflaqueció y extinguió el escasísimo color de sus mejillas: ahilósele la voz, y en su pusilánime cuidado de no atraer la atención, caminaba quedamente y arrimándose a las paredes, como las aves de corral enfermas. Así cohibido vivió varios meses.

Una mañana Ramoncito Hidalgo, apoyado el rostro contra la puerta de una aula, lloraba desoladamente: acababa de comprobar la desaparición de su cortaplumas: el más bonito, el más amado de sus enseres de dibujo. ¡Y era Guardiola, el gran amigo de Dámaso Velasco, quien se lo había quitado!... ¿Cómo recobrarlo?... El niño hipaba, estrangulado por la pena; nunca, ni aun bajo las correas maternales, había llorado así...

Sintió de pronto que le tocaban en un hombro, levantó la cabeza y hallóse con San-



cho Ercilla. Era uno de los estudiantes más desaplicados del Colegio, gozaba fama de "bruto" y tenía los omoplatos anchos y la cabeza pequeña de los acróbatas.

—¿Qué te sucede?—interrogó Ercilla—. ¿Han vuelto a pegarte?...

El cuitado tardó en responder. Ercilla jamás le había molestado; apenas si recordaba haberle hablado una vez; y ahora, sin explicarse cómo, experimentaba junto a él una desconocida emoción de bienestar, de fuerza, de confianza en sí mismo... Sancho Ercilla tenía ojos de Hércules, grandes, noblotes, firmes... Y Ramón, después de mirarse en ellos, bajó los suyos, deliciosamente ruborizado.

—Bueno, acaba... ¿Qué te pasa?—insistió el otro.

Avido de confesión, sediento de cariño, Ramoncito Hidalgo repuso:

—Me han robado mi cortaplumas...—y de nuevo el llanto le mojó el rostro.

—¿Quién?—replicó Sancho impaciente.

—Ernesto Guardiola.

—Vamos a decirle que te lo devuelva.

—¡No, no!...—atajó Ramón compungi-

do—. Pues luego, cuando me coja a solas, me pegará.

—Yo haré que no te pegue. Ven...

Vacilaba el otro, y Sancho, para obligarle a caminar, le trabó de un brazo.

—¡Ven, hombre!... No tengas miedo. ¡Te amparo yo!...

Ramoncito resistía, acobardado ante el porvenir.

—Pero... ¿y luego—balbuceaba—, cuando tú no estés?...

—Me buscas. Yo soy vasco, y los vascos tenemos la mano ancha, como el corazón. Siempre que alguien te moleste, llámame.

Sugestionado, hechizado, poseído de una inefable y dilecta felicidad, el acobardado siguió a su valedor. Era la primera vez que alguien le brindaba un poco de ternura. Sobreponiéndose a la dulce emoción que le oprimía, pudo decir:

—Pero, Sancho, oye... ¿Por qué haces esto? ¿Tú me quieres?...

Sancho Ercilla se echó a reír bruscote.

—¡No te quiero!... ¿Por qué había de quererte?... ¡Pero me da rabia lo que están haciendo contigo!...

Decía verdad: el generoso muchacho procedía así porque era bravo, porque era noble, porque ese "Don Quijote" que los hombres llevan dentro y que la Vida mata en ellos poco a poco, bullía intacto en su corazón y protestaba del rebaño cobarde.

En el patio, donde un nutrido grupo de alumnos jugaba a "piola", Sancho Ercilla interpeló crudamente a Guardiola:

—¡Tú, Ernesto: devuélvele a éste su cortaplumas!...

Al mismo tiempo que le sujetaba por la corbata con una mano, con la otra comenzó a registrarle los bolsillos. El atropellado protestó:

—¡Eh!... ¿A qué viene eso?... El cortaplumas que yo tengo es mío...

La muchachada, para asistir de más cerca a la escena, había hecho corro. Ercilla, que acababa de hallar lo que buscaba, volvióse hacia Ramón diciendo:

—Toma tu cortaplumas, y si se atreviese a quitártelo, avísame.

Luego, estrechándose contra Guardiola cual si fuera a morderle, y poniéndole un puño bajo el mento:

—¿Te debo algo?... Habla. ¿Te debo algo?...

Guardiola, que figuraba entre los "matones" de la colectividad, iba a responder, cuando Dámaso Velasco irrumpió entre ambos.

—Para pegarle a éste—exclamó dardeando sobre Sancho sus ojuelos pardos, manchados de sangre por la cólera—necesitas pegarte antes conmigo.

—Con los dos—replicó Ercilla sin titubear—; con los dos ha de ser, y a la vez.

Al oír esta réplica heroica, la emoción que estremecía a Ramoncito Hidalgo estalló en sollozos. Lloraba el inocente de júbilo, de orgullo, de admiración, de cariño también hacia su paladín.

—Vamos—aceptó Dámaso cayendo en guardia, recogidos los brazos, adelantada la cabeza, en actitud de boxear.

—¡No, yo no peleo aquí!—exclamó Sancho despreciativamente—. Los bedeles nos separarían en seguida. Nos pegaremos el domingo, cuando nos lleven de paseo al campo. Hoy es martes; faltan cuatro días; tenéis tiempo de comprar árnica...

Con estas palabras humorísticas y baladronas terminó la cuestión, y durante el resto de la semana los colegiales no supieron hablar sino del extraordinario duelo concertado para el domingo. Con las simpatías andaban divididas las opiniones: unos aseguraban que el vencedor sería Velasco, otros apostaban por Guardiola, que asimismo era recio y corajudo; pero no faltaba quien anunciase el triunfo de Sancho Ercilla, aquel muchacho bien formado y ágil, solitario, atrasado en sus estudios y huraño, con quien casi nadie tenía amistad, y cuyo nombre, de una noble eufonía caballeresca, olía a Romancero o a gestas de Pizarro y Cortés.

Entre tanto, Ramón Hidalgo, como no tuviese con quien expansionarse—pues Ercilla era poco comunicativo—, departía largamente consigo mismo. La excitación de sus nervios era tal, que las noches se las pasaba de claro en claro, y le era imposible estudiar sus lecciones ni dedicar atención a las explicaciones de sus maestros. La figura garrida de Sancho ocupaba su espíritu, y en nada que no estuviese relacionado con él sa-

bía pensar. En su presencia hallábase avergonzado, cohibido por un hondo sentimiento admirativo que le impedía hablar naturalmente. Esto le desesperaba. Muchas veces, temiendo empalagarle con sus asiduidades o aburrirle demasiado con sus sosería, evitaba su trato; pero los pies maquinalmente se le iban tras él, y desde lejos le seguía, plenos los ojos y el corazón de su arrogancia. Este desconocido sentimiento habíale revolucionado el carácter. Bríos repentinos, audacias insólitas, que parecían resurgir de las capas más arcanas de su conciencia, le hiperestesiaban y redimían. Ya no tenía miedo; parecía "otro". Comentando solitariamente el temerario lance en que, por favorecerle, Sancho Ercilla hallábase empeñado, discurría:

"Yo estaré allí, y si Dámaso o Guardiola le atacan a traición, soy capaz de despedazarles con mis manos. Yo, tan tímido, a mordiscos..., ¡sí, señor, a mordiscos!..., acabo con los dos. ¡Con el cortaplumas que me robaron les agujereo el corazón!... ¡No, Dios mío!... Oyeme: Te ofrezco mi vida. Antes que a Sancho le ocurra nada malo...,

¡Señor!..., dispón de mí; mátame mil veces..."

Esto meditaba Ramoncito, y su grito era —sin que su candor pudiese sospecharlo—el de la mujer enamorada, encelada, que defiende a sú hombre.

Llegó al fin el domingo, que apareció ataviado magníficamente de sol y de azul, y a la hora acostumbrada, luego de oír misa, los colegiales, a quienes el padre Casiano y otros tres profesores daban escolta, salieron de paseo.

Y fué más allá de la Puerta de Hierro, testigo de varios "pasos honrosos" memorables, y en un arbolado y señero hondón de las riberas del Manzanares, donde los tres estudiantes desafiados ventilaron su pleito. La mayoría de sus condiscípulos asistieron al choque.

—Pelear a la vez los dos contra ti—declaró Velasco — fuera cobardía: reñiremos primero tú y yo.

—¡Peor para ambos!—replicó Ercilla.

Despojáronse de la guerrera azul, con botones dorados, de su uniforme, y sin más provocaciones, pues uno y otro tenían la

condición caliente, se enredaron a puñetazos. Dos hombres de pelo en pecho no se hubiesen comportado mejor. Ni un golpe se perdía en el aire, y pronto los semblantes magullados empezaron a mancharse de rojo. Llegaron a morderse, y bien se advertía en su feroz iracundia que no habría para ninguno de ellos cuartel. De pronto Ercilla, más astuto, sobarcó a su enemigo y, aplicándole una diestra zancadilla, le derribó al suelo. Conseguido lo cual, rápidamente, con una piedra que halló a mano, por dos veces le golpeó la cabeza, dejándole sin sentido. En seguida se irguió:

—¡Ahora tú!—dijo, avanzando sobre Guardiola.

Pero éste—nuevo Héctor—echó a correr. Luego Dámaso Velasco, para evitar que castigasen a su enemigo y con el bizarro propósito de vengarse de él más adelante, explicó a los profesores sus heridas diciendo que, jugando, había rodado por un terraplén. Así terminó el pequeño drama.

Desde entonces, la vida de Ramoncito Hidalgo cambió radicalmente: el nombre de Sancho Ercilla representaba para él una espe-



cie de escudo; sus camaradas dejaron de importunarle, le devolvieron su consideración y le admitían en todos sus juegos. Nadie volvió a recordarle su desdichado encuentro con Velasco, y hasta los mismos cínicos que una tarde quisieron desnudarle le trataban ahora con afecto y mesura.

Al año siguiente, Ramón y la mayoría de sus condiscípulos, tornaron a reunirse en las aulas de prosodia y ortografía latinas y de Historia de España, que éstas eran las asignaturas que en el plan de enseñanza vigente entonces componían el segundo curso del Bachillerato.

El pequeño Hidalgo, que continuaba siendo uno de los alumnos ejemplares del colegio, aplicóse a cultivar el trato montaraz, pero sano, de Sancho Ercilla, y a pagar con ternuras y desvelos fraternales la eficaz protección que de él recibía. Aunque un año más joven, le influenciaba, pues siempre la inteligencia dominó al músculo, y con sus consejos le orientaba provechosamente y le inclinaba al estudio.

—Trabaja—le decía—; mi mayor orgullo sería tenerte en las aulas junto a mí.

Para ayudarle le daba copia de cuantas notas tomaba en clase, le repasaba las lecciones y le traducía los temas latinos. No satisfecho con esto, y obligado a ello por un sentimiento exquisito que, semejante a una hiedra, iba apresándole deliciosamente el corazón, cuidaba de forrarle los libros, de afilarle los lápices y de cepillarle bien la ropa, lo que Sancho le agradecía muchísimo, pues era de todos los internos el más manchado y descosido. Resuelto a servirle hizo más: le recosía los botones, le prestaba sus enseres de tocador, le daba parte del agua de Colonia que le enviaban de su casa, y le enseñó a pulirse las uñas. Finalmente, y como las ordenanzas del Colegio obligasen a cada alumno a hacer su cama, todas las mañanas, Ramoncito, después de aderezar la suya, mullía y arreglaba la de su compañero. ¡Y con qué cuidado, con qué afectuosa solicitud removía las almohadas y colchones para que luego el camarada fraterno reposase bien!...

—No te extrañen mis atenciones—le explicaba luego a su amigo—; vivo muy triste, muy solo... Mi padre no se ocupa de mí; nunca me escribe...; le parece que con pa-

garme el Colegio hace bastante. Hace mucho tiempo... que no me da un beso.

El dolor de este mal recuerdo le aflautaba la voz.

—Y mi madre—proseguía—no me quiere... o me quiere a su modo. ¡Si supieses con qué dureza me castiga!... Después en este colegio también he sufrido mucho. Por eso te quiero, porque yo estaba necesitadísimo de cariño, y tú eres la única persona que no me ha hecho daño, que no se ha burlado de mí... Y te quiero con toda el alma, Sancho: más que a mis padres, más que a mí mismo; te quiero... ¡que daría mil vidas por ti!...

La emoción le estrangulaba y rompía a llorar. Enternecido a su vez, Sancho Ercilla le abrazaba con rudeza tal, que unos segundos Ramoncito quedábase sin aliento.

—¡Y yo también te quiero a ti, "Empollón"!—exclamaba—. Te quiero como a cosa mía, y ya lo saben todos: quien te cause pena ha de romperse conmigo los morros.

Aunque Ercilla no tenía cumplidos aún los catorce años, ya conocía el amor físico. Lo gustó aquel verano, en una casa de labranza

que sus padres poseían en Guipúzcoa, cerca de Azpeitia, y fué una rústica de carnazas rollizas y tensas su iniciadora.

El muchacho, con palabras y gestos crudos, explicó detalladamente a su amiguito los preámbulos y luego la mecánica del goloso momento.

—Yo deseaba aquello—prosiguió—; pero jamás me hubiese atrevido a buscarlo. ¡Fué ella quien, jugando conmigo, me condujo entre besos y manoseos adonde queríamos llegar los dos!

Ramoncito Hidalgo, que con la descripción de esta escena recibía su primera lección de adolescencia, tenía los ojos brillantes y abrasadas las mejillas por una ola de sangre.

—¿A ti no te gustan todavía las mujeres?—inquirió Ercilla.

El interrogado, aun sin comprender bien la naturaleza de tal afición, movió la cabeza negativamente.

—¡Ya te gustarán!—anunció, echándoselas de experimentado, Sancho Ercilla—, y apenas las pruebes tu carácter mejorará. ¿Quieres oír una verdad? Pues abre las ore-

jas. Actualmente eres demasiado dulce; pareces una niña..., y no conviene ser así. Yo, desde este verano, he cambiado tanto que parezco otro. Los hombres ya no me dan miedo, y todo lo concerniente a la docilidad, la humildad, la resignación y demás virtudes de sacristía que mi madre me inculcaba de pequeño, lo he mandado al diablo. ¡La obediencia se hizo para los tontos! Yo no nací carnero; nací lobo; siempre tengo ganas de pelear; creyérase que esa sirvienta de mi casa, al dejarme disfrutar de su cuerpo, me dió a beber un filtro de valentía.

Y concluyó:

—Tú, "Empollón", sabrás más Latín y más Historia de España que yo; pero de la Vida sé yo más que tú; y así, graba bien en tu magín esto que voy a decirte: que las Mujeres, el Dinero y el Poder—las tres cosas mejores del mundo—se ganan a trastazos.

Estas revelaciones inmutaron a Ramoncito, que se dió a meditar en ellas particularmente de noche, que era cuando, con el silencio, su espíritu caviloso buceaba más hondo. Desde el año anterior la pubertad co-

menzaba a sugerirle ciertas inquietudes; pero estos sobresaltos efímeros no se definían ni enderezaban hacia un ideal preciso. Siempre que, por seguir a Ercilla en sus carnales elucubraciones, pensaba en una mujer, inmediatamente la imagen severísima de su madre surgía en su memoria y le paralizaba. Como bajo un conjuro, las ficciones voluptuosas huían de él. Incontables veces le acaeció lo mismo. La condesa del Zafiro era como el Angel que defiende con una espada de fuego la entrada del Edén.

Habituado precozmente a la autoinspección el niño, con el deseo de penetrar en aquella anormalidad de su carácter, empezó a trazarse diferentes caminos de conocimiento. Deseaba parecerse a Ercilla, y afligíale el temor de que las mujeres no le gustasen como a éste. Trató de recordar algunas de las muchachas que había visto en sus paseos dominqueros, y ninguna le produjo emoción. Sus cuerpos gráciles, sus senos incipientes abocetados bajo la levedad de los trajes vernales, sus cabelleras flotantes sobre la gracia de los hombros desnudos, sus bocas risueñas, nada decían a su sensibilidad. En

cambio, respecto de las cualidades físicas de sus condiscípulos sabía a qué atenerse. Dámaso Velasco, por ejemplo, tenía una dentadura y unos cabellos preciosos; Guardiola también era bonito. Luego evocaba la silueta de Ercilla, el más generoso, el más fuerte, el más bravo, el "más macho" de todos, y también el que mejor reía. ¿Por qué sería esto?...

Los niños evolucionan rápidamente: en ellos el tiempo avanza de prisa.

Una noche Ramoncito Hidalgo soñó que Sancho se acercaba a su lecho: le vió entreabrir el mosquitero, inclinarse sobre él. "Vengo a dormir contigo"—le dijo. "¿Por qué?"—preguntó Hidalgo. Repuso la sombra: "—Porque tú, que me limpias el calzado, cepillas mi ropa, haces mi cama y pones mis lecciones en limpio, eres mi mujercita." El replicó: "—Lo que me propones es feo; el celador puede sorprendernos; vete." En lugar de contestarle, Sancho le dió un puñetazo en la cara, y Ramoncito pensó: "Hace bien; él me lo había advertido ya: las mujeres se ganan a trastazos." Y habló sumiso: "No me pegues"...

Fué tal la intensidad de su ensueño que despertó asustado, y al comprender lo ocurrido experimentó el rubor de la doncella que acaba de entregarse.

—¿Qué es esto?—murmuró.

Luego, de súbito, tuvo vergüenza de sí propio. Los ensueños suelen ser la expresión gráfica de cuanto más escondido y sincero hay en nosotros, la voz de nuestro subconsciente, la verdad del carácter, que la educación, las preocupaciones y el miedo al escándalo sofocan y enmascaran de mil maneras. Ramoncito Hidalgo, que era inteligente, había leído claro dentro de sí, y su efigie moral le aterró. Sus trece años acababan de penetrar en lo futuro, en lo que le aguardaba más allá del colegio, a lo largo de las rutas del mundo... El placer insano que le inspirase el abrazo imaginario de Sancho Ercilla le demostraba la miseria de su condición, la espantosa injusticia que la Naturaleza cometió con él. Su incomprensión del rencor y de la ira, su resignación constante, su humildad, su timidez, sus dulzuras exageradas..., toda la arquitectura femenina de su alma, en suma, estaba explicada.

—¡Yo no soy un hombre!—sollozó—. Ahora me comprendo. ¡No soy hombre, no soy nada!... ¡Soy una mujer..., una mujer con apariencias de hombre!...

Lloró abundantemente, y al otro día procuró evitar la compañía de Ercilla, cual si en sus ojos, súbitamente despertados a la voluptuosidad—¡y de qué modo absurdo!—, aquél pudiese deletrear lo acaecido la víspera. Extrañado de su retraimiento, Ercilla le buscaba, y al cabo dió con él.

—¿Qué te sucede, Ramón?—exclamó echándole un brazo por la espalda—. ¿Por qué me huyes?... ¿Estás enfadado conmigo?...

El interrogado abatió la cabeza; todo su cuerpo débil trepidaba enfermizamente: aquella caricia amistosa le producía una flaqueza sensual.

—No estoy enfadado—replicó—. No me hagas caso, es que estoy triste...

Aquella noche volvió a soñar con Ercilla: igual le acaeció en noches sucesivas, y cada vez la incongruente alucinación era más penetrante y agotadora. Sus nervios se resintieron, y con su debilidad las ficciones eo-

braban relieves nuevos. Cuando la figura de Ercilla tardaba en presentarse, el enfermo, apelando a todos los recursos de su imaginación, la solicitaba, la atraía...

Pero de esto Ramoncito Hidalgo no hablaría jamás a su camarada.

—Es demasiado macho para comprenderme—razonaba—, y si supiese que yo le amaba me despreciaría, me odiaría y se lo diría a mis compañeros.

En el colegio, sin embargo, los estudiantes murmuraban de los dos amigos.

—Es innegable—cuchicheaban—que desde que el "Empollón" cuida de Sancho Ercilla, los trajes de éste son los mejor cepillados, y sus botas las más relucientes.

III

Doce años después Ramón Hidalgo, que al fallecimiento de su padre, y por cesión generosa de sus hermanos, había heredado el título de conde del Zafiro, estaba considerado dentro del Cuerpo diplomático como una de las figuras más relevantes de su promoción.

El niño de manos afiladas, rostro amarillento y condición pusilánime, a quien en cierto día, ya remoto, el padre Casiano pidiera informes de los asteroides que pululan entre Júpiter y Marte, persistía en el joven cuya elegancia fácil, ilustración y trato placentero se celebraban sin regateos en los salones distinguidos. Era alto, esbelto, y tenía al saludar, como al despedirse, un gesto

cálido y acogedor que le ganaba las voluntades. Sonreía siempre, hasta mientras hablaba, no obstante lo cual su cara angulosa, cortada por un bigotillo adolescente, expresaba tristeza, y esta melancolía era de todas las perfecciones de su rostro la más atractiva.

Muchos dolores habían pasado por el antiguo "Empollón" en el curso de aquellos años. Su madre murió, sus dos hermanos mayores, que siguieron la carrera militar, finaron también en Marruecos; todas sus hermanas estaban casadas, y a los veinticuatro años, Ramón Hidalgo se halló solo. Meses después le enviaron a cubrir una vacante en la Embajada de España en París. Mas tarde le trasladaron a Londres...

Este vivir errático le convenía, le protegía, pues ayudábale a disimular su pecado; aquella maldición física—la terrible maldición "de no ser hombre"—que pesaba sobre él. Para mejor encubrir su desgracia manifestábase callado, reflexivo y de cortas palabras. Este silencio representaba para él una guardia defensiva. "Meditar—pensaba—es descubrir, y hablar descubrirse." Evitaba

tener amigos, pues en cada hombre su descarriada sensibilidad veía una tentación. un riesgo; y de las mujeres también se apartaba, pero con arte, simulando que lo hacía más por rencor al sexo que por miedo, cual si alguna le hubiese hecho sufrir mucho y en ella aborreciese a todas.

El inaudible error fisiológico que acongojaba a Hidalgo, a pesar de su gravedad no había resquebrajado su moral. Su dignidad varonil manteníase íntegra, y sin manchas ni abolladuras la noción del celoso respeto que a sí mismo se debía como caballero y como diplomático. De Sancho Ercilla se apartó después de cinco años de convivencia en el colegio, sin hablarle de su espantoso error, y como entonces calló, habría de callar siempre. Por ende, no bien algún hombre empezaba a cautivarle huía de él, temeroso de que sus ojos o sus ademanes, ya que no sus palabras, delatasen la sucia desviación de sus instintos. "Cuanto más emporcado por dentro—decíase—, más limpio debo estar por fuera." La muerte parecíale menos cruel que la confesión de su dolencia, la única que no sugiere piedad. Nada ni nadie quebran-

taría su mutismo, y a trueque de no descubrirse sentíase capaz de cortarse las manos y la lengua y de echarse vitriolo en los ojos. Su actitud era la de esas vírgenes, fanáticas de su doncellez, que ante el temor de ser tomadas por fuerza prefieren el suicidio a la violación.

Bien sabía el joven diplomático que, a poder examinar las almas del revés, comprobaríamos que un ochenta por ciento de ellas son contrahechas y andan con muletas; pero también estaba cierto de que de todas las deformidades morales era la suya la peor, y la consideraba como la sumidad de lo malo porque su misma esterilidad hacíala antinatural, ya que la Naturaleza, en su ansia infinita de fecundación, hasta cuando mata y destruye procrea.

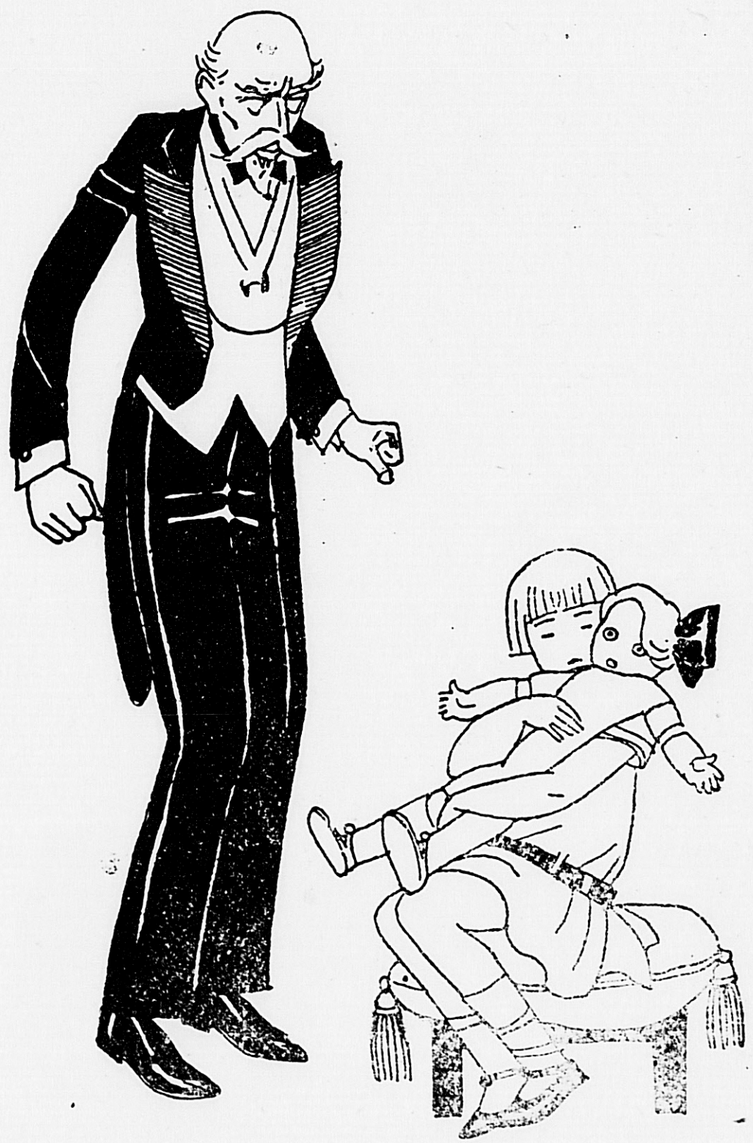
Esta convicción fué arraigándose en él con los años, y cuanto mejor se penetraba de las alegrías del amor normal, más furibunda era la vergüenza que de sí mismo iba teniendo. En el colegio, aunque adivinó su desgracia, no la midió bien: era demasiado ingente para que su inocencia la calculase. Luego sí, la vió y abarcó en todo su horror,

y paso a paso fué explicándose su incremento ominoso.

Entre los recuerdos que mejor esclarecían la antigüedad de su mal estaba el de una fiesta celebrada en su casa con motivo de la Nochebuena. El tenía cinco años, y su abuelo, general retirado, vivía aún: era un septuagenario corpulento, de genio irascible y voz aborrascada, bigotudo y con entrecejo de cómitre, que batallando contra los carlistas se había cubierto el pecho de cruces.

Acabada la cena, la familia invadió el salón, en cuyo comedio, circundado de luces y colocado para mayor teatralidad sobre una plataforma, levantábase alucinante el simbólico "Arbol de Noel". Inmediatamente procedióse al reparto de juguetes, y él, como sus hermanas, eligió una muñeca; una muñeca de cabellos rubios, rosadas mejillas de porcelana y ojazos azules, y apenas la tomó entre sus brazos cuando escapó con ella a un rincón, donde enternecido empezó a mecerla y a prodigarla silenciosos besos, según se hace con los niños para dormirles. De pronto su abuelo le interpeló iracundo y tronitronante:

—¿Qué significa eso, Ramón? Tú eres



hombre: los hombres juegan con espadas, con tambores, con caballos, con soldados de plomo...

Y apoderándose de la muñeca la estrelló contra el suelo. El se echó a llorar, avergonzado sin saber por qué. Parecíale haber cometido una falta. Sus hermanos reían impertinentes. Entonces el anciano, que le quería mucho, tuvo un arranque de debilidad: inclinóse hacia él para verle mejor, y acariciándole el rostro, mojado en llanto, repitió por dos veces:

—¡Pobrecito!... ¡Pobrecito!...

Como si hablase de un enfermo, y a continuación le dió otra muñeca, y más entristecido que enfadado se apartó de él. ¿Por qué su abuelo, tan rudo, le compadeció así?...

—Fué—discurría ahora Ramón Hidalgo—porque penetró en mí y me tuvo piedad. Sólo eso merezco: indulgencia, misericordia...; pero no desprecio. ¿Con qué derecho las gentes sanas me escarnecerían?... Nadie de buen corazón se burla de los enfermos, y menos de los incurables. Eso soy yo: un enfermo; la Humanidad debía mirarme como mira a los leprosos, a los cancerosos,

a los tísicos, a los locos, a los jorobados, a los enanos, a los ciegos..., a todos los "sin remedio", que llenan el mundo de fealdad y de dolor. Un degenerado como yo es para los hombres que se casan una lección de moral. Porque yo les diría a cuantos me befan: la salud de que ustedes disfrutan no significa que moralmente sean mejores que yo, porque esa salud no es obra suya, sino de sus padres, que acertaron a procrearles bien. Yo nada malo hice: he sido estudioso, terminé una carrera, aprendí a ganar noblemente mi vida. A nadie hice llorar, y no me reprocho ningún acto contrario a mi dignidad; por regenerarme lo intenté todo; lo vituperable, de consiguiente, que subsista en mí, no es obra mía.

Las nociones, inseparables en su espíritu, de su inocencia y de su condenación, le exasperaban y daban alientos tempestuosos a sus soliloquios.

—¡Ah!—decía—. Si los humanos pudieran medir matemáticamente la trascendencia de sus acciones, esto es, si tuviesen idea estricta de la palabra "responsabilidad", ape-

nas osarían moverse, recelosos de producir un daño.

Y continuaba cierto de que no era en su niñez, sino mucho más atrás, en la tiniebla misma de su vida intrauterina, donde debía buscar el origen de su desgracia.

—¡Padre!... ¿Por qué me hiciste así? ¿Cómo te expusiste a engendrar un hijo hallándote en un momento de abatimiento, de extenuación..., tal vez de borrachera?... ¡Querer respetar tu memoria!... ¡¡Imposible!!... Pues no fué la vida, sino el dolor, el oprobio y la muerte lo que me diste. Yo soy un ser híbrido, un ente grotesco y maldito. Todos los hombres pueden hablar de sus amores menos yo; si lo hiciese, la gente, escandalizada, me increparía, me lapidaría... Las mujeres me están vedadas, los hijos también. Nunca habrá unos brazos que me acojan, ni jamás hallaré un refugio para mi vejez solitaria. ¡Oh, padre!... ¡Reconoce que tengo derecho a quejarme de ti y a escupir en tu tumba!...

Había en su treno como una referencia a aquel Cristo que expiraba en el dormitorio del colegio, la faz vuelta al cielo, como en

el momento de decir El también: "¡Padre! ¡Padre!... ¿Por qué me abandonaste?..."

A veces sus quejas eran rencorosas, venenosas, y otras, si el llanto había fatigado sus nervios, tenían la amargura desolada del libro de Job. También complacíase en evocar los cuadros de su triste infancia, siempre temerosa y represada, y era entonces la silueta maternal, áspera, dominante y formalista, la que desataba sus furores. Tampoco a su madre, tan cruel, tan desabrida, tan seca de corazón, podía perdonarla. Ella, con su inflexibilidad y sus castigos, con su deseo de tener un hijo calladito "que no la molestase", había continuado y rematado la obra vitanda de su progenitor.

—Si nací dócil—razonaba Hidalgo—, si nací pusilánime y melancólico..., ¿por qué aquella mujer me trataba con tanto rigor? ¿Por qué en vez de enderezar mi afeminada voluntad y de fortalecer mis pequeñas espontaneidades, desalmadamente me cohibía y hasta el derecho a pensar me negaba?... ¡Ah, yo reniego de ella, la adusta, la fría, la sin entrañas, que únicamente me permitía sonreír!... ¡Yo maldigo a la que habiéndome

podido salvar o mejorar acabó de hundirme!... ¡Desdichado de mí, que no sé querer a nadie, ni tampoco acordarme de nadie con amor!... ¡Odioso sino el mío!... Vivo rabiando, y sólo un propósito me anima: esconder mi inferioridad, llevarme a la tierra este secreto que llena mi alma y la destriza como un demonio que tuviese ahincadas en ella las uñas...

No obstante esta circunspección impenetrable, este hermetismo sin suturas, la luz despiadada de la Verdad lentamente iba abriéndose camino. Nuestros primeros pasos repercuten siempre en nuestra biografía, la niñez irradia una claridad profética sobre toda la vida del hombre, y Ramón Hidalgo no había de substraerse a esta terrible virtud reveladora del pasado. Dispersadamente, sin que nadie hubiese acertado a decir cuándo ni por dónde, fueron llegando a París, y más tarde a Londres, detalles de los años estudiantiles del distinguido diplomático, y pronto las personas que andaban a su alrededor vislumbraron concomitancias sospechosas entre su afición a la soledad y su migonismo, y sus inocentes, al parecer, modosidades de

colegial. Era paladino que algo infrecuente le ocurría. Sus comentaristas discutieron zumbones su pronunciación edulcorada, como suele suceder en los individuos que hablan varias lenguas, por dejos exóticos; sus ademanes, su sonreír distraído, su modo rebuscado de vestirse, sus perfumes, su afición enfermiza a la música y el aislamiento en que sistemáticamente se encerraba; y unos, los benévolos, declararon que al conde del Zafiro, a pesar de su juventud, no le gustaban las mujeres; mientras los peores, los maledicentes, a quienes la Calumnia parece tener a sueldo, llevaron sus conjeturas mucho más lejos...

El espiado, que no cesaba de precaverse contra la falsedad de su situación, adivinó la red infame en que las arañas de la Murmuración iban capturándole, y quiso romperla.

—¡Si yo pudiese vencer mi mal!—pensaba.

¿Por qué no hacer una prueba? En Londres, fuera de la colonia española, era fijo que nadie, ni aun de nombre, le conocía, ¡Si se atreviera, si consiguiese sobreponerse a

la terrible vergüenza que tenía de sí mismo!... Nunca, por orgullo, había declarado su inferioridad a ningún médico. Tampoco, jamás, se había acercado a una mujer.

—¡Si me decidiese!—se decía.

Este propósito iba dominándole, pues aunque todas las mujeres—salvo ciertas nociones estéticas completamente teóricas—le pareciesen iguales, harto comprendía que sólo de ellas podía esperar el Milagro.

Al cabo se resolvió. La camarera que le asistía era una francesita de grandes pupilas, claras, muy linda, muy limpia, que diferentes veces le había insinuado su adhesión de manera inequívoca. Se llamaba Ivonne. Una mañana, a la hora del desayuno, la vió aparecer más peripuesta y ceñida que de costumbre.

—¡Que bien arregladita viene usted hoy!—exclamó chancero el diplomático.

La muchacha le miró sorprendida agradablemente: era la primera vez que "míster" Hidalgo tenía para ella una sonrisa y un elogio.

—Me he vestido un poquito mejor y me

he rizado el pelo—contestó modesta—, porque he de ir a casa del dentista.

—¡Ah!... ¿Por eso?... ¡Qué raro!...

—Sí, señor. Porque me figuro que pareciéndole más bonita ha de hacerme menos daño.

El diplomático se levantó de la mesa donde estaba escribiendo y se echó a reír, esta vez de buen grado. La réplica espiritual de su sirvienta le había hecho gracia.

—Ha llegado la ocasión de intentarlo todo—meditó.

Contenido y torpón como un colegial, aproximóse a Ivonne, y la rodeó un brazo por el talle. Después la besó fríamente en las mejillas, y sus manos la palparon sin fe, aquí y allá, por encima de los vestidos. Ella se abandonaba, feliz de repetir con aquel caballero tan distinguido una escena que tenía ensayada en casi todas las habitaciones del hotel, y para aderezarla mejor balbuceó:

—¡Dios mío!... ¡Si alguien de pronto entrase!...

Dicho esto le dió algunos besos, que lejos de enardecer inmutaron y desazonaron al galán. La ilusión, que estimula la actividad



de las glándulas vitales, no prendía en él: su carne estaba yerta, no sentía, no comprendía lo que había entre sus brazos. Aquella mujer, ofreciéndosele, le hablaba un idioma que él no tradujo nunca. Sin embargo, suavemente hizo ademán de llevarla hacia el lecho. De pronto reflexionó:

—¿Para qué?...

Esta interrogación, que había de quedar sin réplica, le detuvo. Mientras Ivonne, ignorante de la temperatura polar que entumecía el corazón del caballero, continuaba besándole, él prosiguió diciéndose:

—Debo despedirla con un motivo cualquiera. De lo contrario descubriría mi ineptitud, ella la comentaría con sus compañeras y todas se burlarían de mí...

Precipitadamente la apartó: una alegría de salvación le brillaba en los ojos.

—¡Tiene usted razón!—exclamó—. Alguien podría sorprendernos. Ahora recuerdo que espero una visita. Usted, además, sufre de las muelas...

Y añadió para responder a una mirada dulce de la camarera:

—Sí... Otra vez... Mañana, por ejemplo...

Este perfil de aventura le obsesionó todo el día. Durante las primeras horas sus recuerdos se enredaban, se confundían en una luz turbia; luego, trabajosamente comenzaron a esclarecerse, y al cabo pudo establecer en ellos cierto orden. El cuerpo grácil de Ivonne no le había emocionado. Su contacto le dejó impasible, como el contacto de un mueble, y al roce de sus labios perfumados ningún estremecimiento respondió en él. Evocó después ciertos detalles—el modo, verbigracia, que tuvo ella de doblegarse bajo su abrazo—, y a estas imágenes recientes otras antiguas, nunca olvidadas, se ligaron de improviso. En las revueltas aguas de su memoria el perfil de Sancho Ercilla reapareció. Acordóse de cómo soñaba con él y del voluptuoso contentamiento que su pasividad le producía en aquellos enlaces imaginarios. Ramón Hidalgo no se explicaba la viril diligencia de Sancho; pero en cambio comenzaba a entender la actitud de Ivonne. Era evidente que las sensaciones de ella y las suyas se parecían, y así el apetito sexual revestía en ambos gestos análogos. ¿Cómo corregirse? ¿Cómo rehacerse?... Meditó en la posibili-

dad de conseguirlo tergiversando las imágenes, esto es: acuciando sus instintos de macho—si algunos tenía—con el recuerdo del deleite que la hembra experimenta entregándose. También recapacitó en la conveniencia de procurarse una mujer fuerte y cruel que representando moralmente el papel de hombre, a latigazos, como aquella "Venus de las pieles" que amaba Sacher Masoch, le confiriese la masculinidad. ¿Pero cómo explicar a Ivonne tales galimatías?...

Al día siguiente, y más temprano que de ordinario, la camarera reapareció con la colación matinal.

—¿La hizo sufrir mucho el dentista?—inquirió Hidalgo distraído.

—No, señor. No fuí a ver al dentista.

—¿Por qué?...

Incitante y graciosa, ella sonrió:

—Parece que... con la emoción que me produjo el abrazo de usted... me desapareció el dolor.

Estaba cerca de él, en pie, esperando, brindándosele, recordándole las palabras: "Mañana, por ejemplo...", con que la despidiera. Desganado el conde, exclamó:

—Estoy enfermo, Ivonne.

Ella dejó transcurrir algunos segundos antes de contestar:

—El señor no me quiere. Yo le pido perdón si le molesté en algo.

—¡Oh, no!—interrumpió Hidalgo, a quien la conciencia remordía—. Es que me siento deprimido. He recibido de España malas noticias...

Ivonne hizo un mohín de asentimiento y se retiró, dócil, con una sonrisa triste de "adiós" en los labios. Al otro día ocurrió lo mismo. Muchas mañanas ni siquiera se veían, porque cuando ella comparecía con el desayuno él estaba en el baño, y todo quedó así.

—Me alegro—decíase Ramón Hidalgo—, porque esta chiquilla, antes o después, hubiese propalado mi anormalidad. Para curarme necesito una mujer que no sepa quién soy...

A tientas, pues no quería que nadie le timonease en tales excursiones, visitó los prostíbulos peores, aquellos donde estaba cierto de no saludar a ningún conocido. Allí, para vencer su incapacidad—que él achacaba a un desengaño sentimental—le propusieron las

aberraciones más disparatadas. Avido de salud, que no por vicio, las aceptó todas. Cumpliendo las extrañas prácticas de un rito sádico, las inquilinas de la mancebía le insultaban, le cubrían de improperios, y después de atarle a los pilares de una cama le tundían a golpes.

Tan torpes procuraciones nada obtuvieron. Roto, atrofiado, inútil, el enfermo no recobraría la salud jamás. Seguro de ello, Ramón Hidalgo, tristemente, como quien baja a un sepulcro, volvió a encerrarse en sí mismo. Estaba muerto. Entonces se trazó un camino: perseverar en su carrera, ser embajador, y luego restituirse a España y llegar a ministro... a presidente del Consejo... a dictador... Puesto que a todo podía aspirar y a todo tenía derecho... ¡menos a ser amado!...

IV

Recién llegado a Buenos Aires, adonde fué enviado con ascenso, Ramón Hidalgo vivió bien. Su misma tristeza dulce, esa melancolía indefinible que todos sufrimos y es el resultado de nuestro destino deshecho, el dolor del hombre—ambicioso, enamorado o poeta—que a diario fracasa en nosotros, interesaba a las gentes y le granjeaba voluntades; y muchas damas, prendadas de su figura y de su buen hablar, cuando en la ceremonia de un saludo le daban a besar la mano, entornaban los ojos lisonjeramente.

—¡Nadie sabe mi pena!—pensaba el perseguido—. ¡Ahora descanso!...

Pero los recuerdos son como voces que nos llamasen desde lejos, y los que de él conservaban cuantas personas le conocieron en

París y en Londres, tornaron a envolverle. Poco a poco las cominerías insidiosas, las murmuraciones virulentas, pasaban el mar, ora llevadas por un viajero, ora dentro de una carta... Y de nuevo Ramón Hidalgo se sintió preso en ellas. En el mundo, lo mismo que en el Colegio, la opinión ajena no le daba cuartel.

Como el péndulo de un reloj, al pararse, lo hace en un punto separado por igual de los dos términos que antes le atraían, así el joven manteníase en una actitud equidistante de los dos sexos. En su biografía, limpia, blanca cual una flor de lis; en sus veintiocho años, ignorantes de todo contacto carnal, sólo había continencia y dolor; de dolor estaba impregnada y tatuada su alma... Sin embargo, la calumnia nuevamente y con redoblado apetito le mordía. Se le acusaba de recogerse temprano, de beber poco y de no tener queridas. En una casa de mal vivir nadie le había visto.

—¡Apenas fuma!—aseguraban escandalizados los contumeliosos.

Y así cuanto en otro hombre hubiese sido

virtud, en el Conde del Zafiro era vicio y ocasión de vilipendio.

Estas murmuraciones soliviantaban a las mujeres, cuyo orgullo se negaba a creer que Ramón Hidalgo pudiera pasarse sin ellas, y eran muchas las solteras, y aun las casadas, que de bonísima voluntad hubiesen querido comprobarlo.

El joven diplomático, perfectamente al tanto de cuanto aquellas miradas y sonrisas femeninas significaban, aparentaba no comprenderlas y rehuía cuidadoso las invitaciones que apreciaba demasiado "íntimas".

Pero un hombre, por hábil que sea, no siempre conseguirá esquivarse.

La señora del embajador alemán, treintañona rubia y metida en aquellas magníficas carnes que tanto entusiasmaban a los maestros de la pintura flamenca, se había enamorado de Ramón Hidalgo, y sin ambajes, para no desaprovechar días, expeditiva y descocada le pidió una cita. El diplomático, con palabras de encendido agradecimiento, prometió escribirla determinando hora y lugar, pero no lo hizo. Su desdén añadió fuego a la hoguera en que la vehemen-

tísima señora se consumía. Fué ella entonces quien le escribió, apremiándole y facilitándole la ocasión de verla; mas él, alegando primero ocupaciones urgentísimas y luego motivos de salud. dos veces más faltó al encelado llamamiento; lo cual fué causa de que todo el cariño de la alemana se trocase en odio ardentísimo, y que ella misma se diese a divulgar—si bien atribuyendo el lance a una amiga suya—cuanto la había sucedido o, más exactamente, cuanto dejó de sucederla con el castísimo diplomático. Para esto aprovechaba todas las ocasiones: las "Exposiciones", los bailes en las Embajadas, los "tes", los festivales benéficos; y tal ahinco puso en su campaña, y con tan desapoderado entusiasmo la ayudaron en ella los difamadores, que a los pocos meses el "todo Buenos Aires" aristocrático conocía la actitud negativa del conde. Los comentarios fueron tan vivos y las habladurías tan perseverantes y desembozadas, que llegaron a oídos de la víctima. Hidalgo sufrió muchísimo. Todos los ojos parecían decirle: "¿Es cierto eso que cuentan de usted?..." La Verdad le as-

fixiaba, le desnudaba; nunca se halló más en ridículo.

Cierto día, en el curso de una conversación seria relativa, precisamente, a cuán intachable debe ser la vida privada de los diplomáticos, el embajador de España—acaso intencionadamente—preguntó a Hidalgo:

—¿Por qué no se casa usted?...

En estas palabras, que más que de interrogación eran de consejo, no había burla. "Su Excelencia", viejo y paternal, apreciaba bien los méritos de su subordinado, y éste lo sabía. Desconcertado unos instantes, Hidalgo replicó:

—No lo sé... Nunca he pensado en ello...

—Pues piénselo y cásese, cuanto antes mejor: el matrimonio le ayudaría a usted mucho en su carrera.

Ramón Hidalgo prometió hacerlo así, y el embajador concluyó satisfecho:

—Lo celebraré infinito: un hombre soltero parece siempre un hombre "de aventuras", y eso no está bien en nuestra profesión.

Por rara casualidad fueron muchas las personas que, en escasos días, le dirigieron



la misma interrogación: "Usted, ¿por qué no se casa?..." La simultaneidad de tales averiguaciones era chocante.

—Es—pensaba Hidalgo—porque necesitan saber por mí mismo la verdad de mi estado, para luego humillarme mejor; o, quizás, porque todavía me creen hombre...

Efectivamente le convenía casarse: el matrimonio era el medio inmediato, rotundo, de desvanecer su reputación vergonzosa, de aplastar a los maledicientes y reducirles a definitivo silencio; el matrimonio significaba la rehabilitación. Mas ¿cómo casarse? ¿Dónde hallar la mujer que, bajo el nombre de esposa, se resignase á ser su hermana?... Porque de ésta y de otras abnegaciones superiores son capaces muchísimas mujeres con el marido a quien los años o un accidente inutilizaron para el amor físico; pero ¿a título de qué el degenerado, el que por inepto para el asalto sexual no pudo inspirar jamás a su compañera verdadero amor, reclamaría de ella igual sacrificio?...

Persuadido de esto, el joven diplomático hallábase resuelto a no casarse; pero, en cambio, y para adoptar ante sus denigradores

una actitud airosa, determinó echarse una novia.

"Nuestras relaciones — decíase — podrían durar un año..., dos años... Más tarde, cuando el asunto empezase a formalizarse demasiado, buscaría un pretexto para romper con ella... Y transcurrido cierto tiempo, emprendería otro idilio... Reconozco tal conducta vituperable; ¿pero es que yo, acosado y herido por todos en mi dignidad, no tendría derecho a defenderme?..."

Meses después la noticia de que el Conde del Zafiro, contradiciendo el misoginismo que todos le atribuían, se había puesto en relaciones con Joaquina Valle, una de las señoritas más distinguidas y más hermosas de la colonia chilena, produjo en el ambiente chismoso de los salones ricos una impresión de desorientación y despecho. ¿Luego todo lo malo que de él se había dicho era falso?... ¿Luego al gentil diplomático, tan cauto y remirado hasta allí en cuestión de faldas, las mujeres le tentaban como a cualquier hombre?... La esposa del embajador alemán estaba furiosa, y los murmuradores, atónitos, repetían:

—¡Pero... si no puede ser!...

En parte acertaban, pues no fué Hidalgo quien—a pesar de sus cábalas—tomó la iniciativa en aquel asunto, sino la misma señorita Valle la que, con sonrisas y coquetones arrumacos, primero, y con insinuaciones, obsequios y apremiantes palabras, después, le estrechó hasta obligarle a declararse enamorado de ella.

Era Joaquina Valle una belleza de ojos y cabellos espléndidos, pintada por el sol de su país con las tonalidades graves del negro y del bronce, muy exuberante de formas y de alma, y harto quimerista y alborotada en sus resoluciones. Tenía voz excelente, estaba al tanto de los últimos bailes y en todas partes su juventud y gracia desenvuelta merecían ditirambos. Como orgulloso de una novia así, Ramón Hidalgo se mostraba a su lado en las noches de gala del Colón, y no perdía coyuntura de exhibirla en saraos y banquetes. Los dos, altos, distinguidos y espirituales, componían una admirable pareja. Las gentes comentaban desconcertadas la conducta del diplomático.



—¡Está enamorado de ella!—decían los mejor pensados.

Y otros—la mayoría—que sólo veían en aquel matrimonio una magnífica jugada de Bolsa:

—Se comprende que la quiera, pues los doce millones de pesos chilenos que vale la firma de su padre son muy bonitos...

En cuanto a Ramón Hidalgo, volvía a sentirse bien; desde el primer instante su estratagema comenzó a proporcionarle veloces e inesperados beneficios. Reconocíase salvado, rehabilitado; sus amigos le miraban de otro modo; era como el individuo acusado de un delito execrable y cuya inocencia hubiesen proclamado de súbito los Tribunales de justicia. Las mujeres, ofendidas vagamente por la frialdad de que siempre usó para con ellas, acaso le tratasen menos afectuosamente que antes. Los hombres, en cambio, le distinguían más. Todo, en general, era a su alrededor más cordial, más sincero, más cálido, y las manos que estrechaban la suya lo hacían con mayor efusión. Y fué entonces cuando los vocablos "felicidad" y "reposo" empezaron a tener para el joven di-

plomático una significación. Su vida representaba una huída constante: en el Colegio, sus condiscípulos le habían lastimado a puñetazos; y luego, en el mundo, los adultos le hirieron peor, porque le hirieron con la palabra, cuyo dolor desciende más hondo. Pero ahora, por única vez, la muchedumbre estaba con él y no en contra suya. ¡Oh! ¡Si el Milagro durase!...

A este sosiego moral correspondió en él una más saludable apariencia física. Su amustiado semblante se reanimó, empezó a comer bien, aprendió a montar à caballo y engordó algunos kilos. A Joaquina la quería a su modo, fraternalmente; pero se había acostumbrado a su trato porque la muchacha razonaba con notable discreción y sin esfuerzo le acompañaba en sus elucubraciones. Siempre que alguien les preguntaba respecto de la fecha probable de su enlace, Hidalgo respondía vagamente, si bien desliendo en sus palabras una gran convicción:

—Fronto... El año que viene...

Hablando así miraba a Joaquina, pidiéndola con los ojos su asentimiento, cual temeroso de que ella, menos enamorada, qui-

siese retardar el momento nupcial. Seis meses..., ocho meses después..., decía lo mismo: "Pronto... El año que viene..." Y con esta estratagema el día de sus bodas se alejaba ante él como un horizonte.

A su novia, para que no extrañase la discutible impaciencia que ponía en casarse, la explicaba sus ambiciones políticas, sus anhelos de mando. Hidalgo aspiraba a influir desde "el banco azul" en los destinos de España...

—A cuantos, por filantropía, sentimos la necesidad de mezclarnos a la vida pública de nuestro país—decía—, el dinero no nos basta: queremos el Poder.

A lo que la joven, a quien el amor hacía egoísta, solía responderle:

—No apruebo tu pensar; miras demasiado lejos, y en eso vislumbro peligros, pues cuando lo sacrificamos todo al día de mañana, el día de hoy, ofendido, se venga de nosotros.

Intrépida, curiosa, imaginativa, ávida de sensaciones frescas y de aquel viaje a Europa del que Ramón Hidalgo, por pasatiempo, la hablaba reiteradas veces, la turbulenta

doncella consumíase en unas llamaradas de impaciencia que el apagado temperamento del diplomático no podía prever. La pasión le rondaba, le acechaba palpitante como una leona, y él no la sentía; sus manos heladas no sabían que jugaban con fuego...

Una noche, en un baile con que la colonia española celebraba la Fiesta de la Raza, los dos novios tuvieron un altercado. La casualidad habíales llevado a un saloncito, apartado del rebullicio del sarao, donde podían hablar con independencia. Ella le acusaba de desasido:

—¡No me quieres!—le decía—. ¡Bien lo veo! Eres frío, y tu carrera te interesa más que mi cariño. Me pospones a tus ambiciones. Si es así, creo que debíamos separarnos.

El, buen comediante, se deshizo en protestas de amor. ¿A qué motivo respondían aquellas quejas? ¿No le comprendía cada vez más rendido y más suyo?... ¿No era asunto decidido que se casarían el año próximo?...

—¿No te dí mi corazón?—continuó envolvente—. ¿Y no sabes que constituyes mi única familia y mi sola esperanza?

¿Qué ramalazo pasional sobrecogió a la

señorita Valle en aquel trance? ¿Qué pudo arrojarla así, como enloquecida, en los brazos de su novio? ¿Sería un arrebato irreflexivo de amor, o por el contrario un razonado deseo de comprometerle, valiéndose de un pequeño escándalo, a precipitar la fecha de su enlace?... Y si por cálculo lo hizo, en verdad que debió quedar satisfecha de su ardid temerario, pues fueron varias las personas que la vieron cuando Hidalgo, despavorido y sin saber qué hacer, la estrechaba contra su pecho, y luego corrieron alegremente a divulgar la noticia, que causó alboroto y obtuvo las apostillas que merecía.

Apenas conseguido su objeto, Joaquina, el corazón palpitante de gozo, se apartó del amado, murmurando con rubor bien fingido:

—¡Qué vergüenza!... ¡Nos han visto!...

El repitió, con aire estúpido:

—¡Sí..., nos han visto!...

Y, de pronto, tuvo miedo, un gran miedo, porque dentro de sí una voz prudente acababa de decirle que aquel episodio trivial podía arrastrar consecuencias graves.

Transcurrieron dos días.

Una mañana, y en ocasión precisamente



de hallarse una criada sirviéndole al Conde del Zafiro su desayuno, apareció Joaquina. Como para mejor demostrar su osadía, llegaba sin anunciarse. Hidalgo, que estaba enfrascado en la lectura de un voluminoso tratado de Derecho internacional, se levantó de un salto, aterrado. El libro rodó por el suelo.

—¡Tú!—exclamó el diplomático, sin dar apenas crédito a sus ojos.

Ella repuso con gran naturalidad:

—Yo, sí...

Y viéndole inmóvil y pasmado, añadió irónica:

—¿Es así como me recibes?...

Desconcertado dentro de la vulgaridad de su pijama y de sus zapatillas, Hidalgo avanzó algunos pasos, la besó una mano y la ofreció una silla.

—¡Tú!—repitió.

—¡Dale!—exclamó la señorita Vallè riendo—. ¿Qué te extraña?... Salí de casa hace un momento, con pretexto de hacer unas compras, y he subido a verte. ¿Qué te asombra?...

La camarera, que de soslayo había detenido en la hermosa visitante una mirada as-



tuta, salió de la habitación cerrando la puerta tras sí.

—¿Cómo has venido?—inquirió Hidalgo.

—En automóvil.

—De alquiler, por supuesto...

—¿Por qué—atajó ella—había de venir en automóvil de alquiler teniendo a mi disposición el de mi padre?...

Con aspavientos afeminados de terror, que sorprendieron a la joven desagradablemente, su prometido comenzó a santiguarse.

—¡Qué mujer, Señor!—exclamaba elevando los ojos al cielo—. ¡Está loca!... ¡Loca!... ¡No sabe lo que hace!...

Dió varias vueltas por el aposento, sorteando torpemente los muebles. La escena empezaba a ser cómica.

—¡Loca!—repetía Hidalgo—. Tú lo ves, Señor... Yo no tengo la culpa de que haya perdido el juicio... ¡Señor..., Tú lees en mi alma!...

Cansada de oírle dirigirse a la Divinidad, Joaquina Valle le interrumpió:

—Pero... ¿puedes explicarme por qué estoy loca?

—¡Evidente!... Porque tu padre sabrá

que has venido a verme... ¡Se lo dirá el "chófer"!...

—¿Y qué?...

—¿Cómo "y qué"?—repitió el acongojado diplomático, cuyos ojos, con la grima que le poseía, se desorbitaban—. ¿Estás ciega?... ¿No comprendes que tu conducta me compromete?

—¿A ti nada más?...

—Y a ti... ¡A los dos!...

Ella replicó muy entonada:

—Perfectamente: "a los dos". ¿Y qué?... Vuelvo a mi pregunta de antes: "¿Y qué?..." Tú me dirás: "En este Hotel, donde sin duda hay personas que te conocen, van a creer que no somos novios, sino amantes..." ¿Verdad?... ¿No es eso lo que estás pensando?

—Eso—repitió el conde.

—Bueno; y yo insisto: "¿Y qué?..."

La joven, aunque ladina, descubría un poco su juego, y Ramón Hidalgo se percató de ello, con lo cual se agravó su pavura.

"Viene a seducirme—pensó—, a entregarse a mí para llevarme al matrimonio más pronto."

Esta idea y la probabilidad de que Joaquina se precipitase nuevamente en sus brazos—lo que en la soledad de una habitación cerrada podía crearle un grotesco conflicto—aplicaron redoblados acicates a su terror.

La conversación, entretanto, iba deslizándose en un tono agridulce, y transcurrida una hora, la joven, que evidentemente no había pensado en poner a prueba la castidad del conde, se marchó. Ni siquiera cambiaron un beso.

Semanas después sorprendía a Ramón Hidalgo la visita del señor Valle.

Era éste un caballero cincuentón, apersonado y elegante, muy estimado en los salones de la buena sociedad porteña. Su rostro cobrizo, de líneas enérgicas, expresaba cólera, vergüenza y dolor. Sus manos temblaban. Hidalgo, apenas le vió, comprendió a lo que iba, y un gran frío llenó su corazón. "Estoy perdido", pensó. Y con un ademán afectuoso invitó a su colocutor a sentarse.

—Gracias—replicó el señor Valle—, pues lo que he de manifestarle se dice en seguida. Los asuntos graves se ventilan en seguida. Hace algunos meses, en un baile de la Embajada...

—Sé a lo que usted se refiere—interrumpió el diplomático—; es cierto.

El señor Valle agradeció con una inclinación de cabeza la cortés diligencia de Hidalgo en reconocer la verdad.

—Después he sabido...—continuó.

—También es cierto—atajó el conde—: Joaquina cometió la ligereza de visitarme en mi Hotel; pero le juro a usted...

—Yo nada le pregunto. Después de lo ocurrido sólo necesito saber si está usted dispuesto a cumplir con mi hija según corresponde a un caballero.

Ramón Hidalgo se inclinó.

—Cumpliré con ella como me lo dictan mi amor y mi deber.

Después, al quedarse solo, furioso se tiró al suelo. Estaba en un callejón sin escape. La astuta niña le había cazado.

—¿Pero qué iba a decirle a ese hombre —repetía—, ni cómo engañarle, si lo sabía todo?...

V

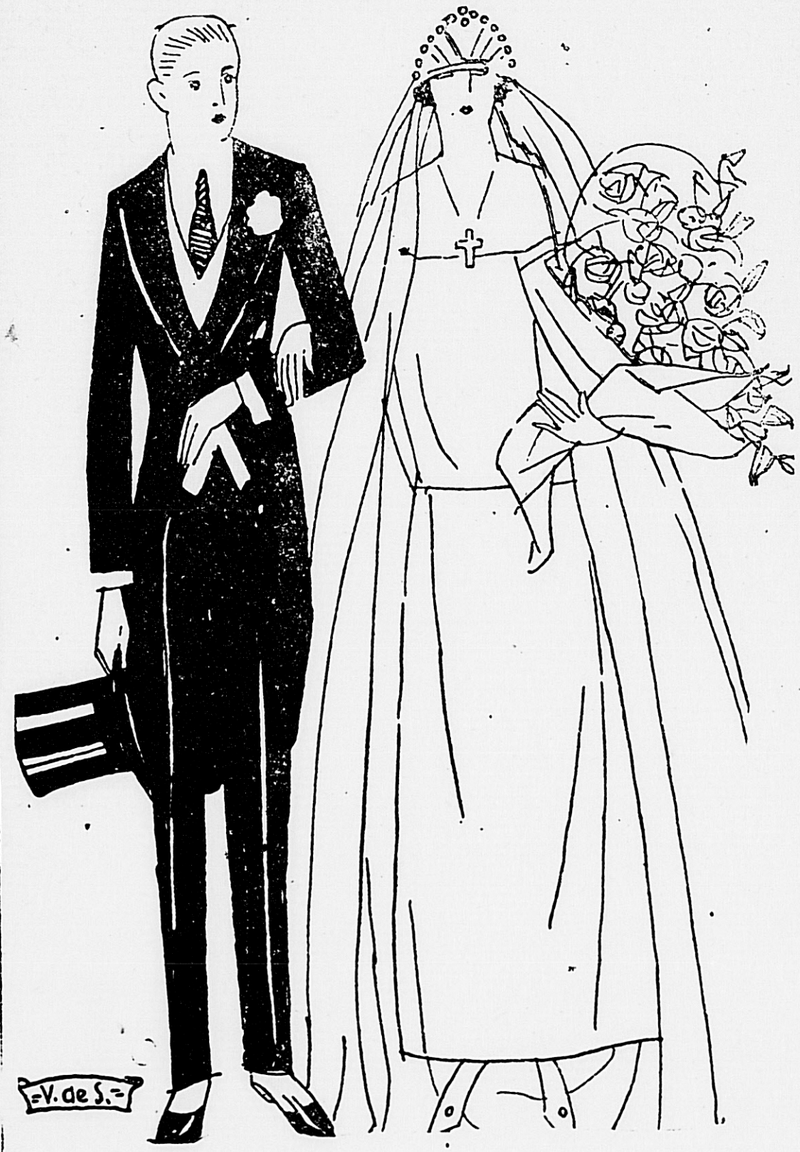
Las semanas que siguieron a la entrevista del señor Valle con Ramón Hidalgo fueron para éste de constante suplicio y de fiebre. Los periódicos bonaerenses dieron, en sus "Ecos sociales", la noticia del enlace, determinando el día de la boda, y sobre los futuros cónyuges comenzaron a llover halagüeños los parabienes. Tampoco los regalos faltaron, y hasta la esposa del ministro germánico envió el suyo.

Hallándose desde el instante en que precisara el término de su noviazgo más considerado y respetado que lo estuvo nunca, el Conde del Zafiro se decía: "¡Qué bueno, qué cómodo es ser hombre!..." Y, a continuación, meditando en el ya irremediable fracaso que le aguardaba, sentía helársele las

entrañas. Mas ¿cómo desbaratar lo hecho? ¿Cómo romper los lazos con que la opinión, el pulpo de infinitos tentáculos, hora tras hora iba esclavizándole?... Su destino estaba marcado y nada, a no ser el fallecimiento repentino de su prometida, podía salvarle; resbalaba por un plano inclinado y ningún asidero, ningún saliente o reborde le impedirían despeñarse en el abismo: era como un viajero que hubiese caído en el cráter de un volcán. Unicamente la Muerte, la gran piadosa de las mejillas blancas, le brindaba un refugio.

—¡Si yo me atreviese a llamarla!—pensaba.

En estas tribulaciones le sorprendió la boda. Celebróse la ceremonia, a la que asistieron representantes diplomáticos de varios países, con pompa inusitada; un obispo bendijo la unión, y después del banquete con que por la noche los padres de la desposada obsequiaron a sus amigos, y al que concurrieron, de uniforme, el embajador de España y el ministro de Chile, hubo baile y discursos y se obtuvieron fotografías. Entre aquella alegría pagana, y bajo el esplen-



dor nevado de tantas luces, Ramón Hidalgo, enflaquecido repentinamente, paseaba, dentro de la estrechez negra de su frac, su lividez de espectro.

A media noche los recién casados dejaron la fiesta, y en automóvil se dirigieron al hotel de la avenida Alvear, que, como "regalo de boda", el señor Valle munificamente les había dado. Durante el trayecto, el matrimonio apenas habló; Joaquina, siempre tan platicadora, ahora enmudecía perpleja ante el enigma escondido tras el velo que iba a romperse. En el centro del dormitorio nupcial, decorado de plata y azul, el tálamo, que a ella debió de parecerla altar glorioso y a él mesa de disección y tortura, les ofrecía el consuelo de su regazo, callado y fragante.

Para que su mujer pudiera desvestirse libremente, el conde salió de la estancia, y cuando regresó a ella momentos después, a Joaquina, que espiaba su aparición, la impresionó su extraordinaria palidez. La farsa amorosa tocaba a su fin, y el esposo miserable temblaba. Nunca la indignidad de su mentira le pareció más grande, ni ante los ojos de su conciencia se vió más mezquino.



Había jurado amor y no podía amar, ni siquiera simular los gestos del amor. ¿Qué iba a hacer, pues?... Su situación era la del necio que, no sabiendo hablar ni teniendo nada que decir, sube a una tribuna.

Amortiguó la claridad de las luces, cual si su vergüenza hallase un alivio en la penumbra, y silenciosamente empezó a desnudarse. En seguida se acostó y deslizó un brazo bajo el cuello de la esposa: en aquel instante supremo recordaba los besos de Ivonne y aquellos prostíbulos londinenses, de donde su carne, a pesar de las más extremadas caricias, salió sin despertar.

Flojamente sus labios glaciales rozaron las mejillas, acaloradas por el rubor, de Joaquina; sobre la boca—y cual si hubiese asco de sí mismo—no se atrevió a besarla. "¡No la manches, no la profanes, no la ensucies, no la molestes vanamente!..."—parecía gritarle una voz. Reanimada por los comedimientos de su marido, la joven, hasta allí acobardada, comenzó a hablar. Los incidentes del día la ofrecieron tema copioso de conversación. Luego, extrañada quizás de verle

tan templado y prudente, se creyó obligada a decir:

—¿Quieres que durmamos?...

El no contestó; pensaba: "Su proposición no puede ser sincera, y sus palabras disimulan acaso una ironía. Empieza a burlarse de mi. Ella, que ha leído novelas, sabe que la noche nupcial los amantes la pasan despiertos".

Joaquina había cerrado los párpados, cuyas tupidas pestañas dibujaban, sobre la blancura fatigada de las mejillas dos semicírculos iguales de sombra. Sin emoción, Ramón Hidalgo aventuró una caricia, y ella, ondulante, con un movimiento de frío y sin abrir los hermosos ojos, se apretó contra él.

"Me busca, me llama..., me invita"—reflexionó el diplomático.

Esta consideración detuvo su mano. Pasados unos minutos preguntó:

—¿Tienes sueño?...

Ella repuso mirándole:

—No, o mejor dicho, tengo sueño, pero no puedo dormir.

—Tampoco yo tengo sueño—replicó Hi-

dalgo—, y juraría que mis ojos no han de volver a cerrarse.

Esta frase, enunciada sombríamente, impresionó a la joven.

—Necesito hablar contigo... Debo confesarme contigo—prosiguió él—. ¡No me queda otro recurso!...

Ella, para observarle mejor, echó la cabeza hacia atrás. En sus pupilas negrísimas, que columbraban algo insólito, había miedo. ¡Sí, era llegado el momento inexorable de hablar!... Y Ramón Hidalgo lo hizo despacio y minuciosamente, como para aliviarse de una vez del horroroso peso de su infamia.

—A tí, que eres inteligente—comenzó diciendo—, debe sorprenderte mi conducta..., mi frialdad..., en un trance como éste en que estamos...

Su voz se debilitaba, y percatado de esto creyó que Joaquina no le había comprendido.

—¿Tú me oyes?—interrogó.

Ella repuso:

—Te oigo.

—No creas—prosiguió el diplomático—que mi pasividad responde a un estado de

emoción excesiva o de paralizadora timidez, como en situaciones análogas a muchos hombres perfectamente saludables suele ocurrirles. Este decaimiento mío no es casual, no es transitorio... ¿Comprendes?... Sino que constituye mi modo de ser. Nací incompleto, y la educación severísima de mi madre concluyó de afeminarme. Luego, en el colegio donde cursé interno la segunda enseñanza, también pené mucho: mis condiscípulos me golpeaban, se burlaban de mí... ¡Me tenían acorralado!... Y esto acabó de atrofiarme y de hacerme irremisiblemente cobarde. Más tarde quise sacudir mi marasmo..., desaturdirme..., curarme... y no pude. Soy un inútil... un degenerado... un inconcluído...

Por segunda vez parecióle que Joaquina, en cuyo semblante ni un solo músculo había temblado, no le entendía bien.

—¿Pero me oyes?—insistió.

Ella repitió fría:

—Te oigo.

—Entonces—concluyó él—, ya lo sabes todo. Yo nunca he sentido el deseo. He llegado a los treinta años sin haber tenido co-

mercio con ninguna mujer. Mi carne nació muerta.

A esta declaración sucedió un larguísimo silencio, un silencio tenebroso que parecía una sima.

—Si no me querías—exclamó al fin la joven eludiendo discretamente la parte asexual del problema—, no debías haberte casado.

—¡Pero si te quería!... ¡Si te quiero con todo el corazón!—exclamó Ramón Hidalgo aferrándose a esta mentira para atenuar su falta—. Mi cuerpo enfermo no podrá demostrártelo, pero mi alma te adora y no sabría vivir sin ti... ¡Por la tuya daría yo mi vida mil veces!...

Repentinamente la esperanza de ser perdonado por misericordia, ya que no por cariño, despertaba en él. Sus ojos se arrasaron en llanto.

—Eres mi único bien—prosiguió—y por no perderte he mentido hasta ahora. Te quiero espiritualmente, como se quiere a los hermanos, a los hijos... ¡Como habría querido a mi madre si hubiese sido buena!... Quiéreme tú también así. Apiádate de mi dolor... ¡Hazte cargo de que soy hijo tuyo!...

Joaquina Valle tardó en responder:

—Yo no sé de estas cosas; pero mi buen sentido me dice que ningún hombre de tus condiciones es capaz de sentir amor. Tú crees amarme—quiero hacer esta confesión para no ofenderte—, pero te engañas. Tú no me quieres...

En ella la virgen burlada y curiosa, la que soñaba con el abrazo viril, se enardecía y protestaba:

—Esto ha sido una traición. Ignoro por qué me has tendido un lazo. Todo lo que acabas de manifestarme debiste decírselo a mi padre cuando fué a verte. Lo justo, lo noble, hubiera sido eso.

—Pensé hacerlo—interrumpió Hidalgo—, pero ya no podía, era tarde. Tu padre hubiese creído que apelaba a un subterfugio para eludir la boda. En la Embajada nos vieron abrazados una noche. ¿Te acuerdas? Nuestras amistades sabían que habías ido a mi hotel a buscarme. Se murmuraba de nosotros. Tu reputación estaba en peligro... Atento a estas consideraciones callé.

—Hiciste mal—atajó a su vez Joaquina—. Debiste declararle la verdad a mi pa-

dre. Era tu obligación, y si yo, a pesar de todo, te hubiese aceptado por esposo, ahora no tendría derecho a escupirte a la cara tu mentira.

Aniquilado el conde del Zafiro rompió a llorar, y mucho rato el contenido rumor de sus sollozos llenó el silencio. Indiferente a su dolor la señorita Valle, los brazos cruzados bajo la nuca, clavaba en el artesonado una mirada fija, sin pestañeos, en la que no había piedad: la mirada con que en el Circo las Vestales condenaban a muerte al gladiador vencido.

—¿Me perdonas?--inquirió Hidalgo cuando el llanto, amansado por la fatiga, le permitió hablar.

La joven no respondió. Insistió él:

—¿Me perdonas, Joaquina?...

Replicó sin aspavientos, con una voz firme que no traslucía ni desprecio ni odio:

—Ignoro si podré perdonarte. La ofensa que me has inferido es demasiado grande, y mi inexperiencia no acierta a medirla bien. ¿Buscabas mi dote al casarte?... No lo creo. Sería demasiado horrible. La razón de tu

conducta debe ser otra. En fin... Dame tiempo a reflexionar.

—Y luego que hayas reflexionado en el inmenso amor que me obligó a proceder así, ¿me perdonarás?

—No lo sé. Estoy aturdida. El golpe fué demasiado rudo. La vida aparece de pronto ante mí bajo un aspecto imprevisto. Yo creía haberme casado con un hombre... y tú acabas de explicarme mi error.

El conde rogó anhelante:

—Júrame, al menos, que de esto no hablarás con nadie.

Hubo un nuevo silencio.

—Júrame—porfió él—que mi secreto no saldrá de ti...

Como ella tardase en responder, púsose de hinojos sobre la cama y cruzó las manos. Tenía los labios blancos y cubierta de sudor la frente, y los ojos se desorbitaban en la lividez fantasmal del rostro. Estaba trágico, estaba clownesco...

—Piedad... Piedad para mí...—balbucía con acento monótono—. Sólo te pido piedad... ¡Piedad!... Si la piedad te faltase... si hablases... me suicidaría.

Joaquina le miró, sondeándole. El repitió trabajosamente, tartamudeando:

—Si hablases... me suicidaría... me pegaría un tiro... ¡Sí, un tiro, delante de ti!...

Su dolor era tan grande, que la ofendida tuvo misericordia.

—Callaré—dijo—por tí y por mí también; pero esto no significa que acepte la situación que me propones. Repito que necesito reflexionar. Entre tanto nuestro litigio permanece en pie.

No hablaron más, y sobre la angustia de esta interrogación transcurrieron dos semanas. Ante el mundo, como en su hogar ante la servidumbre, los señores de Hidalgo representaban a la perfección la lúgubre pantomima de su felicidad: dormían juntos, durante las comidas se daban muestras recíprocas de afecto, y todas las tardes iban en automóvil a Palermo. Una aureola de riqueza, de belleza y de amor les envolvía.

Cumpliendo lo ofrecido al conde, la joven nada dijo a sus padres. "Esta es una cuestión—reflexionó—que únicamente yo, discutiéndola a solas conmigo, debo resolver." La voluntad de divorciarse fué la que pri-

mero apareció en su espíritu. Pero el divorcio, que los tribunales evidentemente decretarían en seguida, acarreaba consigo un formidable escándalo. Su marido—marido de nombre nada más—quedaría cubierto de ludibrio y tendría que huir de Buenos Aires o que suicidarse. Respecto de ella, particularmente en el supuesto de que Ramón Hidalgo se diese un tiro, las opiniones, en los comienzos del pleito, estarían de su parte. Mas tarde se dividirían: la minoría perseveraría en la afirmación de: "Ha hecho muy bien; quien por amor se casa tiene derecho a exigir amor; un matrimonio sin hombre es una estafa". Pero en cambio la mayoría, hipócrita y católica, la tildaría de liviana, cuando no de viciosa. "¡Miren la descocada—exclamarían los pazguatos rutinarios y hasta las mismas casadas a quienes la Verdad atemoriza menos que el Adulterio—qué necesitada estaba de macho!... Bien podía haber cargado con su cruz y vivir castamente antes de sumir en la desesperación a un pobre enfermo. Si Dios la dió un esposo inútil, El sabrá por qué, pues sus designios nadie debe discutirlos. ¡Vaya con la pécora!... ¡Ver-

güenza debía tener de propalar a los cuatro vientos lo que no debió nunca salir de su alcoba!...”

Estas y otras meditaciones sellaron los labios de Joaquina Valle varios meses, y su actitud era tan tranquila, a veces tan risueña, que el culpable, para quien aquella situación anómala era natural, llegó a creerse perdonado. En la joven, sin embargo, el lógico deseo de amar sanamente, como asimismo el despecho de haber sido burlada, mantenían encendidas las llamas del rencor.

La pública opinión, entretanto, había evolucionado hasta ponerse unánimemente de parte de Hidalgo. Ya nadie murmuraba de él: hasta sus difamadores más contumaces parecían convencidos de su virilidad, y únicamente la esposa del embajador alemán, advertida quizás por su sutil instinto de mujer, continuaba asegurando que la condesa del Zafiro no tendría hijos. Estas habladurías—todo se sabe—llegaron a oídos de la interesada, y lastimándola en su amor propio la resolvieron a tomar un desquite, en el que ya reiteradas veces había pensado.

Al cumplirse el primer aniversario de sus

bodas, el conde del Zafiro propuso a su mujer un viaje a Europa.

—Conocerías Madrid, París, Londres... Estoy cierto de que nos divertiríamos mucho.

Discurría con ligereza alegre, como olvidado de su situación. Joaquina le miró con desprecio, casi con odio, y súbitamente experimentó el deseo de vengarse de él, de hacerle daño... ¡Mucho daño, en el corazón!

—¿Crees tú—repuso—que lo pasaríamos bien?

—¿Por qué no?... Veríamos los Museos de...

Ella no le dejó concluir. Impulsada por los resortes de su aborrecimiento acababa de ponerse en pie. Tenía una actitud soberbia de diosa; estaba lívida como las imágenes de la Tragedia y de la Muerte, y sus ojos azabachados despedían llamas.

—¡No es un viaje lo que yo necesito!—gritó con una voz rota por la cólera—. Lo que yo necesito, sábelo de una vez, lo que yo necesito no es un viaje: ¡es un hombre!...

Ramón Hidalgo retrocedió algunos pasos, temblaban sus piernas, por sus mejillas la

sorpresa y el miedo habían extendido el livor de la miel.

—¿Qué dices?—musitó—. ¿Qué dices?

—Yo no te imito, yo no te engaño—prosiguió Joaquina cruelmente—: yo digo la verdad. ¡Tiempo era de que hablásemos!... Yo necesito un hombre..., y no por sensualidad, que de eso no entiendo, sino porque vivo demasiado sola. ¡No quiero seguir así! Yo necesito un hombre, porque necesito un hijo...

A esta declaración rotunda, poderosa, como un grito de la Especie, siguió un hondo silencio de tempestad. Ramón Hidalgo, hundido en un sillón, las manos cruzadas delante de las rodillas, miraba a su mujer. Esta continuó:

—Te lo diré, por si no lo sabes. Los que antes se burlaban de ti, comentan ahora tu esterilidad: afirman que no tendremos hijos... Y yo deseo un hijo para conocer ese amor... Yo podría traicionarte, pero no quiero. Yo no sé esconderme, no soy "cocota"... No nací para huir... Prefiero declararte la verdad, y la verdad es ésta: quiero ser madre.

Hidalgo intentó hablar: se ahogaba. Aquella declaración le había traspasado el pecho como un puñal.

—¡Nunca!—pudo decir al fin—. ¡Nunca!...

—Si no accedes a mi exigencia—afirmó Joaquina implacable—, informaré a mis padres de cuanto sucede, pediré el divorcio y aconsejaré a mi abogado solicite de los tribunales que te sometan a un reconocimiento médico. Para mejor cubrirte de ignominia llevaré el asunto a la Prensa...

El conde se levantó: una ráfaga de orgullo le sostenía.

—Si haces eso—exclamó—me mato.

—Si no aceptas lo que te he propuesto—replicó la joven—, elige entre el suicidio y el escándalo. Me es indiferente. Ambos caminos me convienen, porque uno y otro me dan la libertad.

Calló unos instantes para darle tiempo a contestar. Como no lo hiciese, continuó:

—Lejos de oponerte a mi plan debías ayudarme a realizarlo, único modo de que tu debilidad permanezca secreta. Yo no quiero a ningún hombre...

El movimiento áspero que su marido hizo para mirarla interrumpió la frase.

—No quiero a ningún hombre—repitió—, pero sí quiero un hijo, y ni amenazas ni ruegos me harán desistir de él. Y eres tú, considéralo bien, tú, que me escamoteaste el amor de esposa, el único obligado a no privarme del amor de madre.

Estas palabras intrépidas y justas hicieron mella en el espíritu comprensivo del diplomático. "¡Tiene razón!..."—se decía. Rememoraba la inclinación que siempre Joaquina había demostrado a los niños, y el regocijo con que los manoseaba y tomaba parte en sus juegos. También se acordó de aquella muñeca que sus manos pueriles descolgaron de un "árbol de Noel", y que su abuelo le arrebató... "Ese hijo es para Joaquina—meditaba—lo que aquella muñeca, sin yo saberlo, era para mí... Porque las muñecas son las hijas de las niñas. ¿Qué ley me autoriza entonces a contradecir su deseo? Ninguna. Ella es saludable, sus entrañas están pletóricas de savias, llenas de embriones de seres que quieren nacer, que pugnan por

nacer... y nada existe en la vida más sagrado que la Vida. Dios es el ovario..."

Con tales reflexiones lentamente se apaciguaba y predisponía a la transigencia. En la falsedad de su situación, lo único que le enloquecía, al extremo de llevarle a pensar en el descanso del suicidio, era el escándalo. Su asexualidad le obligaba a contentarse con las apariencias. El, que "parecía" hombre, que "parecía" marido, ¿por qué no se prestaría asimismo a "parecer" padre? Quien fingió hasta allí, ¿por qué no seguiría fingiendo?... ¿Por qué no remedar hasta el fin la comedia de su virilidad?... ¡Tener un hijo que llevase su nombre!... ¿Qué más podía ofrecerle al público?

La idea de que Joaquina se entregase a un amante no le hacía sufrir. Pelean por las hembras los machos; los celos son un sentimiento esencialmente masculino, y él era andrógino. Su dormido temperamento ignoraba los egoísmos, los exclusivismos sanguinarios, vinculados en el hombre al deleite de la posesión. A despecho de la civilización, el hombre, en quien ruge todavía la voz intransigente de los "primitivos", quiere ser el

dueño, el amo de su hembra, y nadie, sin riesgo de la vida, se acercará a ella. Hidalgo no razonaba así: sus sentires eran otros. El quería a Joaquina como a hermana, como a camarada, y a no ser por miedo a la murmuración el día mismo de tornaboda la habría devuelto su libertad.

Una tarde de mayo en que ambos divagaban a pie bajo las frondas de Palermo, doradas ya por los primeros fríos del otoño argentino, Ramón Hidalgo abordó la cuestión:

—He meditado mucho en tu deseo de tener un niño. Lo hallo justo, pues siempre de la ley escrita triunfó la ley natural, y así estoy dispuesto a ayudarte.

Habla ecuánime, como si tratase de casar a una hija. Joaquina Valle no replicó.

—Insisto—prosiguió el diplomático—en la conveniencia de hacer un viaje a Ultramar. Yo pediría a nuestro embajador un año de vacaciones. Así estaríamos más tranquilos. Los viajes se prestan a la aventura: tu hijo nacería en Europa... ¿Comprendes?...

El rostro, hasta entonces sombrío de la esposa, cambió de expresión: tornóse alegre,

una claridad de aurora, una luz de resurrección, lo iluminaron de súbito.

—Conformes—dijo.

—¿Apruebas mi plan?

—Lo juzgo el mejor.

El añadió, transcurridos unos instantes:

—¿Has puesto los ojos ya en algún hombre?

—En ninguno.

—En tal caso... ¿Me permites darte un consejo?

Ella afirmó con la cabeza, y por momentos le miraba con redoblado ahinco. Para hablar, Ramón Hidalgo se detuvo:

—Procura—dijo reposadamente, cual queriendo dar a sus palabras una majestad profética—elegir bien el hombre a quien has de donarte: hazlo por cariño a ese hijo, que heredará las inclinaciones de su progenitor... y también por consideración a mí. Búscale un padre limpio de cuerpo y sano de espíritu. ¿Lo harás así, Joaquina?...

En aquel instante el desdichado se acordaba de su infancia triste y de todo el oprobio que las malas herencias dejaron en él.

—Tendré presente tus palabras—repuso la joven.

—Y procura también—concluyó el conde—que ese hombre sea un caballero... ¿Entiendes?... Un caballero que no se jacte de su victoria sobre tí; un caballero que te adore... y que no lo diga... ¡Oyelo bien: que no lo diga!... Porque tenemos tres vidas: la nuestra íntima, la única cierta; la que aparentamos y la que el mundo nos permite tener o nos atribuye. ¡Procuremos que ésta, cuando menos, se mantenga limpia!...

VI

Dos años tardó en aparecer aquel hombre ejemplar, pues siempre la Felicidad caminó despacio. Se llamaba Fernando Cruzado, y atesoraba todas las perfecciones: vivía holgadamente y dominaba los deportes más nobles; era inteligentísimo, era elegante y apuesto, era soltero, era rico... ¡Era "el Príncipe Azul"!...

Joaquina Valle, como mujer escarmentada, le examinó bien: estudió y comprobó despacio sus raras cualidades de perfectísimo caballero, y cuando estuvo cierta de haberle conquistado se entregó a él.

¿Cómo describir el estupor y el júbilo del dichoso galán la primera vez que oprimió entre sus brazos a la virgen casada? ¿Ni cómo retratar la desapoderada pasión en

que, a partir de aquel día, su alma y su carne empezaron a consumirse por igual?...

Cruzado estaba al corriente de cuanto las gentes habían murmurado respecto a la indefinida masculinidad del conde del Zafiro, y el deseo de reivindicarse que impulsó a éste al matrimonio, y el mucho bien que de su generosidad y despabilado talento le dijera Joaquina, le inspiraron la curiosidad de conocerle.

—Preséntame a él—rogaba Fernando a su amante—, pues que tú y yo, seguramente, no hemos de separarnos jamás, necesito tratarle: estoy seguro de que hemos de querernos como hermanos.

Transcurrido cierto tiempo, Joaquina Valle explicó al diplomático su cambio de vida y la conveniencia de que él y Fernando Cruzado se relacionasen.

—Así, pues—agregó—, el viaje a Europa podemos emprenderlo cuando gustes.

Dando muestras de una serenidad que la joven no podía considerar sin sentir un poco de desprecio, Hidalgo repuso:

—¿Crees que él nos acompañaría?

—Estoy segura.

—¿Le hablaste ya de esto?

—Sí.

—En tal caso, mañana mismo visitaré al embajador.

La noche en que Ramón Hidalgo y Fernando Cruzado se conocieron—fué la misma Joaquina quien les presentó—, el diplomático recibió una emoción de la que tardó en recobrarse. Aquellos dos hombres, que si bien dueños por razones diferentes de la misma mujer no podían ser rivales, simpatizaron en seguida, y no porque Joaquina les retuviese embaucados en su hechizo, sino por rápido y espontáneo impulso.

—¡Qué bueno, qué humilde, qué tímido es!—pensó Fernando.

Y el conde:

—¡Es guapo!... ¡Debe ser valiente!... ¡Qué confianza se comprende que tiene en sí mismo!...

Estas impresiones, diametralmente opuestas, que cada cual produjo en el otro, motivaron su inmediato acercamiento. Hallábanse en un restaurant de la Avenida de Mayo, y aquel ambiente mundano, saturado de tolerancias, les impelía a la amistad. Sen-

tada entre los dos, y más bella que nunca, Joaquina Valle repartía entre ambos sus sonrisas, y, sin proponérselo, les adiestraba en cómo más adelante habrían de tratarse. Oyendo hablar a Hidalgo y escudriñando en el dolor sin consuelo de su sonrisa, Cruzado se decía: "Este hombre, más que un miserable o un gran mamarracho, como muchos supondrían viéndonos juntos, es un gran infeliz". Le comprendía inferior, y la absurdidad física que le vedó acercarse a Joaquina le movía a compadecerle. Era un enfermo. "Si alguien tratase de ridiculizarle—continuaba discurriendo Fernando—, yo sabría evitarlo. De este matrimonio he de hacer mi familia: ella será mi mujer, y él será mi hermano".

A los generosos pensamientos del amante, los del marido se acoplaban a maravilla, en virtud de un fenómeno de psicología sexual, porque Cruzado razonaba como hombre, mientras el conde del Zafiro discurría en mujer. "Es fuerte, es un buen mozo optimista y resuelto; es uno de esos caracteres exuberantes que irradian salud y bajo cuya protección es grato vivir", meditaba Hidal-



go. Una insólita epifamía de imágenes y de sentimientos olvidados desde la infancia en las estanterías de su memoria, le turbaban. Resucitaba en él intacto el niño que en silencio estuvo prendado de otros niños. Fernando se parecía a Sancho Ercilla, y después de veinte años Ramón Hidalgo disfrutaba junto a él la misma deliciosa emoción de superioridad que le produjera su condiscípulo. Los dos eran francos, rectilíneos, bruscos: a Cruzado, como a Sancho Ercilla, él sería capaz de mullirle la cama y de lustrarle las botas... A continuación el desdichado apreció la felicidad de Joaquina. Su alma de mujer la comprendió, acaso la envidió. "¿Cómo no había de quererle?...", pensaba.

Meses después emprendieron los tres su proyectado viaje a Europa, y las fatigas y emociones del camino contribuyeron a fortalecer la urdimbre de sentimientos—unos normales, otros enfermizos—que había entre ellos. El Amor, divinidad de infinitas máscaras y de inagotables recursos, les cautivaba y de diversos modos les hacía felices. Joaquina Valle, que en los comienzos de

aquella nueva vida despreciaba a su marido, al extremo de odiarle, poco a poco fué deponiendo su actitud arisca, y aconsejada por su amante llegó a tener misericordia de él. Esto la serenó.

—¿No ves cómo nos quiere?—decía Fernando—. ¿No sientes cómo hace suya nuestra dicha?... Porque sabe que nos queremos mucho, nos quiere tanto. El desearía ser para mí lo que tú eres, pues está enamorado de mí, y al mismo tiempo ser para tí lo que yo soy. Es un ser doble, que, a su modo, vive nuestro idilio dos veces.

Desembarcaron en La Coruña y fueron a hospedarse a un hotel donde al siguiente día Ramón Hidalgo se trabó de palabras con un individuo que, al pasar junto a ellos, galanteó a la Condesa. Cruzado entonces terció en la cuestión, y haciendo suya la ofensa abofeteó al ineducado y se batió con él. Hidalgo no protestó: como en el colegio, se dejó defender. En este singular triunvirato el marido representaba el papel principal: el de jefe; pero en realidad el amo era Fernando.

En París Joaquina Valle dió a luz un niño, que fué bautizado con el nombre de su pa-



dre verdadero. Aquella criatura, que venía a consolidar lazos de amor, señaló una crisis inesperada en el dietario sentimental del Conde. La madre que dormitaba en él se desbordó. ¡Al fin, la muñeca que su abuelo, el general, le rompió, estaba allí! Hubiera sido hijo suyo y no le hubiese querido más. Joaquina y Fernando reían hasta llorar viendo cómo le tomaba en brazos, y la paciencia y femenil destreza con que le limpiaba y le daba el biberón, y sabía dormirle. No permitía que nadie manejase al chico, temeroso de que le diesen un golpe, y por las noches dormía con él. Las criadas del Hotel estaban admiradas de un tan extraordinario amor, y aseguraban que jamás habían conocido otro padre igual.

El regreso a Buenos Aires fué penoso, hubo mal tiempo, y Ramón Hidalgo, que se mareaba mucho, pasaba los días y las noches en el camarote, acostado, con Fernandito en brazos. Joaquina y su amante, de cuando en cuando bajaban a verle.

En una ocasión Cruzado encontró a su amigo llorando, y se conmovió mucho. Hi-



dalgo trató de tranquilizarle, al mismo tiempo que se enjugaba los ojos.

—Mi pena no es reciente, sino antigua—explicó—, y acordándome de cómo he vivido, lloro con frecuencia. ¿Quieres creerme?... Nunca he sido más feliz que ahora; nunca el porvenir me pareció más seguro... Y esta tranquilidad la recibo de ti...

Cogió una de las manos de Cruzado y humildemente puso en ella los labios. Como siempre que el deseo femenino de confesión le poseía, su voz se aflautaba.

—¿Tú me querrás siempre, Fernando?

Acostumbrado a los enternecimientos y desmayos del conde, Cruzado repuso tranquilo:

—Te querré siempre.

—¿No pesaré algún día en tu vida?... Y si esto sucediese, ¿te llevarías a Joaquina?... ¡No lo hagas—imploró—, porque si me la quitases, me quitarías también al niño..., y yo, sin el niño y sin vosotros, ya no podría vivir!

—Ni nosotros viviríamos sin ti—atajó Fernando con cierta impaciencia—. Mas... ¿a qué hablar de esto?...

—Es que yo quisiera—suplicó Hidalgo—que tú me conocieses bien. Sufro mucho... Joaquina te habrá contado..., sí...; pero no basta. Ella, aunque inteligente, no pudo descender al fondo de mi corazón. Oye...

—No me cuentes nada, hermano—interrumpió Cruzado levantándose—; lo que sé de ti basta para que ni mi estimación ni mi cariño te falten jamás. Hasta luego.

Y el resbaladizo diálogo finó así.

Más tarde a los señores de Hidalgo les nació otro vástago. Nadie sospechaba las relaciones ilícitas de Joaquina Valle, a quien todos felicitaban por sus maternidades, y de la tan discutida virilidad del Conde del Zafiro no se volvió a hablar. La misma esposa del embajador alemán se sintió vencida. Las apariencias, pues, estaban salvadas; el drama, vestido de felicidad, parecía un idilio. Agasajado por el éxito, el joven diplomático mostrábase dichoso: su mujer era hermosa, sus hijos sanos, y en las Legaciones comentaban su próximo ascenso.

—Un día—declaró en un banquete—regresaré a España para ser ministro.

Esta frase ambiciosa inflamó el entusias-

mo de los oyentes, y fué calurosamente aplaudida.

—¡Es un triunfador!—decían.

Hidalgo estaba a salvo; Cruzado había hecho de él un hombre.

Eduardo Zamacois

EN NUESTRO NUMERO
PROXIMO PUBLICAREMOS

PONCHIN I,
REY DE LA CASA

POR

ANDRES GONZALEZ BLANCO

ILUSTRACIONES DE
AUGUSTO

EDITORIAL "ATLANTIDA"
Mendizábal, 42.—MADRID

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los dias, novela (tercera edición).
«Volvoreta», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 2.ª edic., **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS.

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**
Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**
La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**
Un hombre visto por dentro, por Rafael López de Haro, **5 pesetas.**

EN PRENSA

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
Cieno y fango, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

BIBLIOTECA MADRID

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño.*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

MUCHAS GRACIAS

30 cts

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◆

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO

REVISTA COMI-CO-SATIRICA

DIRECTOR

ARTEMIO PRECIOSO



La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID,